



*A la caza
de la dama*

Olivia Kiss

A la caza de la dama

Olivia Kiss

Alastair Miller no era precisamente un hombre que se caracterizase por ser paciente. Al revés. Cuando quería algo, lo quería de inmediato. Si deseaba algún capricho, esperaba tenerlo en cuanto terminaba de pedirlo. Y sus exigencias debían ser oídas, razón por la que todo su personal de servicio se encargaba de complacerlo rápidamente, a menos que su objetivo se escapase de su control, que era lo que acababa de ocurrir.

Llovía a cántaros. Alastair no recordaba la última vez que había visto una tormenta tan violenta. Las gotas de lluvia eran gordas y pesadas y llevaban cayendo sin descanso durante horas. Al anochecer, se habían visto obligados a sopesar la idea de parar en una posada, lo que explicaba que estuviese malhumorado pues, según lo que él había planeado, pretendía llegar a su casa de campo esa misma tarde, algo que ya no iba a ser posible.

—¡Dichosa lluvia! —farfulló enfadado.

—Mi señor, no podemos continuar.

—Ya lo sé. —Suspiró—. Para ahí.

Alastair le echó un vistazo al cielo que había empezado a oscurecerse y que no daba tregua. Luego, tras ordenarle a su lacayo que se ocupase de su equipaje y que pusiesen los caballos a buen resguardo, entró en la posada. El lugar era viejo y estaba sucio, pero eso no le molestó tanto como la impuntualidad, probablemente porque un hombre como él que había crecido en los bajos fondos de Londres, estaba acostumbrado a ver cosas mucho peores. Por suerte, quedaban varias habitaciones libres aquel día.

Se acercó a la taberna que estaba en el lugar y pidió algo para cenar, una sopa de la casa de cebolla que le calentase por dentro. Se la bebió todavía con un humor de perros. No estaba así solo por la lluvia, sino por el destino al que se dirigía: no le gustaba visitar el campo, sobre todo porque era muy aburrido y él ya llevaba unos meses sintiéndose así, apático, como si nada le entusiasmase o le estimulase lo suficiente. Puede que la razón tuviese mucho que ver con que durante años había estado sumido en una vida trepidante. Empezó cuando era apenas un niño. Hijo de un lord y de una prostituta, terminó haciendo su propio camino y prosperando, especialmente cuando, apenas entrada la adolescencia, formó parte de un club de boxeo para deleite de la clase alta de la ciudad. Allí, aprendiendo a defenderse a golpes, se juró a sí mismo que acabaría por ser alguien grande y respetable. Y lo consiguió.

Ahora era uno de los dueños de un club de caballeros. Uno diferente, en el que no solo había apuestas, mujeres y diversión, sino también peleas.

Él estaba orgulloso de todo lo que había logrado, pero debía reconocer que tanta novedad año tras año provocaba que, ahora que todo se había estabilizado, se sintiese algo perdido. Es decir, una vez conseguidas todas las metas y probado los numerosos placeres de la vida, ¿qué hacer a continuación? Alastair aún era joven. No hacía mucho que había cumplido los treinta. Pero tenía la sensación de haber conocido a demasiadas mujeres, de haber apostado demasiadas veces y de haber ganado demasiado dinero en poco tiempo.

Se terminó el vaso de vino de un trago, con pesar.

No conocía a nadie más que se sintiese como él. El resto de sus amigos seguían disfrutando de

esa vida que a él tanto le gustaba un año atrás. No es que Alastair hubiese dejado de divertirse con el juego, el sexo y siendo rico, sencillamente ahora aspiraba encontrar algo más, pero ¿el qué? No era algo que pudiese comprar en los nuevos almacenes que habían abierto en el centro de la ciudad, porque ni siquiera sabía de qué se trataba.

Y por si su apatía no fuese lo suficiente desesperante, tenía que visitar la única propiedad en el campo que le quedaba esa misma semana, sin falta. Por lo visto, un acaudalado estadounidense quería comprarla. Y él estaba más que dispuesto a venderla. Ahora mismo no sabía por qué cuando había empezado a ganar dinero en el club decidió invertirlo en grandes mansiones alejadas de la ciudad a las que terminó por no ir nunca.

Se puso en pie al terminar la cena y decidió subir a su habitación. Por la ventana, vio que el agua seguía cayendo con fuerza. La lumbre estaba encendida y él disfrutó del calor que emanaba mientras contemplaba cómo la lluvia lo cubría todo sin descanso. Había luna llena y los rayos de la tormenta iluminaban los alrededores boscosos de la posada. Se frotó las manos delante de las llamas sin apartar la vista del cristal.

Tengo toda la ciudad de Londres a mis pies, pensó. Mujeres, dinero, placer, amigos, riquezas, diversión... Y, a pesar de todo, qué aburrimiento de vida, suspiró largamente.

Cualquiera pensaría que estaba loco. Tendría que dar las gracias por la posición que había alcanzado: los hombres lo miraban con respeto a pesar de no formar parte de la nobleza. Y las mujeres lo deseaban allá donde iba. ¿Qué más podía desear?

Un rayo iluminó el cielo y, entonces, Alastair vio una pequeña figura caminando bajo la lluvia, dirigiéndose hacia los establos. Se levantó de su silla, pero volvía a estar oscuro. Casi pegó la cara al cristal de la ventana, esperando con impaciencia otro rayo.

Demonios, se dijo, seguro que es un maldito ladrón de poca monta.

No por eso le hacía más gracia que pudiese agenciarse de algo tuyo. Además, no estaba seguro de que el lacayo hubiese bajado todo su equipaje del carruaje. Llevaba varias maletas porque el viaje no era corto y pasaría unos días en el campo para cerrar todos los asuntos pendientes que tenía allí con la esperanza de vender la propiedad.

Cuando el cielo se iluminó otra vez, vio definitivamente entrar al tipo en los establos. Apretó la mandíbula. Cualquiera otro hombre de su posición hubiese mandado llamar a recepción o pedir que alguien se encargase de sacarlo de allí. Pero Alastair Miller estaba acostumbrado a hacer las cosas por sí mismo y con sus propias manos. Además, debía reconocer que aquella noche estaba siendo tan aburrida que casi le entusiasmó salir de la posada en mitad de la noche y bajo la lluvia para encargarse de ese ladrón.

No tiene ni idea de con quién se ha tropezado, se dijo.

El frío le caló los huesos mientras caminaba hacia los establos, pero no le importó. En el fondo, casi agradeció que algo le hiciese salir de su letargo esa noche. El suelo encharcado se oía bajo sus pies conforme caminaba. Al entrar bajo el techo de madera del establo, el sonido de la lluvia se volvió más fuerte. Él ralentizó el paso para que el ladrón no pudiese verlo. Se pegó a la pared y avanzó lentamente hacia la zona de los carruajes. Estaba seguro de que intentaría buscar allí algo de valor. Cuando se acercó, sonrió satisfecho al ver que no se había equivocado, a pesar del enfado que rugía en su interior. *Nadie me quita lo que es mío. Nadie.* Descubrió que la puerta de su carruaje estaba abierta y del interior provenían ruidos, de modo que, con sigilo, llegó hasta allí y, sin dudar, se lanzó contra el ladrón.

—¡Ni se te ocurra moverte! —bramó.

Pero el granuja no hizo caso, razón por la que Alastair terminó dándole un golpe al bulto que

sujetaba contra el suelo con todo el peso de su cuerpo. Un quejido se escuchó en mitad del silencio. Un quejido que sonó raro, extrañamente agudo.

—¿Qué demonios...? —Alastair se apartó un poco, pero entonces el intruso aprovechó el desliz para darle un rodillazo en sus partes bajas—. ¡Maldita sea!

Alastair se llevó las manos a su entrepierna y el ladrón huyó del carruaje a toda velocidad. Sin embargo, él no pensaba dejarlo escapar tan fácilmente. Corrió detrás. El intruso era pequeño, muy pequeño. Y extremadamente ágil. Pero no tanto como para escapar de sus garras. Pensaba darle una buena lección. Nadie golpeaba a Alastair Miller.

—¡Te tengo! —rugió finalmente.

Estaban casi en la puerta de los establos cuando Alastair logró atraparlo y lo retuvo contra la pared. Le dio la vuelta y le quitó la capucha que llevaba puesta sin dejar de sujetarlo del cuello con fuerza, ignorando los frenéticos forcejeos. Podía apretar un poco más con sus propias manos y demostrarle las consecuencias de agenciarse de lo ajeno. Evidentemente no pensaba matarlo. Alastair sabía lo duro que era tener que robar para sobrevivir, pero también era consciente de que a la larga solo podía traer problemas y consecuencias mucho peores que las que él podría infringirle al joven que se retorció contra la pared. Las cárceles que él había conocido en la ciudad eran tan duras que pocos sobrevivían allí dentro.

Un rayo pareció romper el cielo en dos.

Entonces Alastair se quedó paralizado al contemplar el rostro angelical del *ladrón* que estaba tan orgulloso de haber capturado. Porque no era como él había imaginado. Al menos, los ladrones que conocía no tenían labios gruesos, ojos almendrados y largas pestañas.

Y lo más importante, no eran mujeres.

Antes de que pudiese reaccionar, la joven echó a correr como si escapase de la muerte, saliendo bajo la lluvia. Alastair tardó unos segundos en ir tras ella y alcanzarla en medio de campo abierto. Si minutos antes pensaba que su vida era aburrida y monótona, ahora estaba bajo una tormenta torrencial capturando a una mujer misteriosa.

—Estate quieta. No voy a hacerte daño.

—Es demasiado tarde para eso.

—No te muevas.

—¡Suéltame!

Ignoró los gritos de la joven y las sacudidas que daba en sus brazos. Se dirigió hacia la posada cargándola a la fuerza. Pensó que, si alguien estaba mirando por la ventana como él había hecho rato atrás, apenas podría dar crédito a lo que veían sus ojos. Decidió entrar por la puerta trasera para llamar menos la atención. Le tapó la boca con una mano y pegó su cara a la de ella. Para su sorpresa, a pesar de que estaba sucia y desarreglada, olía bien.

—Te prometo que saldrás ilesa de esta si haces lo que te digo. Pero si montas un numerito, te denunciaré por entrar en mi carruaje, ¿entendido?

Para su sorpresa, ella asintió con la cabeza.

—Bien, ahora sube las escaleras. Te sigo.

Ascendió tras la joven, que vestía una capa oscura y larga que le cubría hasta los pies y estaba calada de arriba abajo, dejando un reguero de agua por las escaleras. Él también estaba empapado, pero la adrenalina de todo lo ocurrido había sido tal que apenas era consciente de ello. Por primera vez en mucho tiempo su noche no había sido predecible.

Una vez llegaron a su habitación, abrió y entraron.

Ella se mantuvo en silencio al lado de la puerta y, por fin, Alastair pudo echarle un vistazo bajo

la luz. Era tan bella como había pensado al verla gracias a aquel rayo. Sus rasgos eran delicados, femeninos, incluso aunque llevase el cabello enmarañado y mojado. Tenía una mirada salvaje y tan desafiante como su pequeña nariz.

Ella lo miró atentamente y tragó saliva.

—¿Quién eres? —preguntó Alastair.

—No te incumbe.

—Te recuerdo que estabas en mi carruaje...

—Solo buscaba un lugar donde dormir.

—¿Cómo te llamas? —insistió.

—Diane. Diane Lanchester.

—No me suena.

—No soy nadie.

Alastair sonrió ante su comentario. Todo el mundo era alguien. Le pareció que Diane se esforzaba concienzudamente para no llamar la atención cuando, en su opinión, era difícil pasar desapercibida con un rostro tan llamativo y lleno de luz.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó él.

—¿Algún noble pretencioso?

Sonrió ante su réplica mordaz. Le gustó.

—No. Me llamo Alastair Miller.

—Bien por ti —siguió con ironía.

—Y no me gusta que me roben.

—Ya te he dicho que no pensaba...

—Ven, acércate a las llamas y quítate esa capa. Pediré abajo algo para que puedas cambiarte. Ni se te ocurra moverte de aquí, ¿me has entendido?

Diane asintió, sorprendida por su amabilidad y el giro de los acontecimientos. Dando pasitos cortos, casi temerosa, se acercó hasta las llamas y extendió las manos en busca de calor. Alastair apartó la vista de ella y salió de la habitación invadido por una energía vibrante y contagiosa. Pensó que hacía mucho que no se sentía de esa manera.

Diane tenía que pensar algo. Y rápido. Ya.

¿Cómo conseguiría salir de aquel embrollo?

Lo bueno de su situación, se dijo mientras se calentaba las manos delante del fuego, era que las cosas no podrían ir peor de ninguna de las maneras. O eso se repetía para animarse a sí misma en tal delicada tesitura. Lo que hasta hace unos días era una vida apacible y tranquila, la suya, se había convertido en un desastre de tal magnitud que Diane no tenía ni idea de cómo solucionar todos los frentes que se le presentaban.

Lo más importante, evidentemente, era la razón que le había llevado a encontrarse bajo la lluvia buscando cobijo, lejos de casa, escondida bajo una pesada capa ahora empapada.

Sin embargo, no contaba con ese otro problema.

Alastair Miller.

Todo el mundo lo conocía. Cualquiera que viviese en Londres o pasase de vez en cuando por la ciudad sabía quién era él a pesar de que no se tratase de ningún noble o persona destacada en la sociedad. Pese a ello, era poderoso. Conocido por fundar junto a otros dos socios un club e invertir en otros negocios con el dinero que había amasado en aquel lugar lleno de pecado. Además, aunque hasta ese instante Diane solo lo había visto en un par de ocasiones desde lejos, había llegado a sus oídos su fama. Y su atractivo.

Oh, eso no podía negarse. Era terriblemente atractivo. Pero no de una manera clásica, como Cedric Gallarden. En absoluto. Este hombre era mucho más oscuro, de mirada tosca y severa, con unas manos grandes que la habían atrapado por mucho que ella se hubiese esforzado en escapar, y un cuerpo firme y duro contra el que se había sentido acorralada.

Precisamente debido a su aspecto rudo, lo último que Diane había imaginado era que ese hombre terminaría preocupándose por si cogía un resfriado. Pese a su relativa amabilidad, volvió a encogerse cuando él regresó a la habitación con algunas prendas de ropa en las manos. ¿Qué iba a hacer? Estaba acorralada. Sabía que, si le decía la verdad, se desharía de ella rápidamente. Nadie quería problemas. Y acogerla los traería a raudales.

Así que tendría que seguir fingiendo que era Diane Lanchester. No le quedaba otra opción. Ahora solo debía conseguir que él se apiadase un poco de su situación.

Alastair le dio las ropas con un gruñido.

—Cámbiate.

—¿Aquí?

—Detrás del biombo. A fin de cuentas...

Él alzó una ceja y ella se dio cuenta de que ya había dado por hecho de qué forma se ganaba la vida. Bien. Que pensase que era una chica de compañía le alejaba de su identidad real. Diane levantó la cabeza con orgullo y lo miró desafiante, aunque por dentro temblaba.

—Tú no eres mi cliente —replicó con tal soltura que hasta a ella le sorprendió ser capaz de contestar así. Si la señorita Flecher de la academia de mujeres a la que había asistido hasta entonces la viese representar tal obra de teatro, seguro que se caería de espaldas.

Alastair la estudió despacio unos segundos en silencio.

—Ya hablaremos sobre eso más adelante. Ahora, ve.

Diane tragó saliva cuando entendió que él pensaba que sí podía serlo. Se movió y fue tras el biombo. Mientras intentaba torpemente quitarse la pesada ropa, procuró idear un plan para salir de aquello, pero era consciente de que se estaba metiendo en la boca del lobo, una cueva de la que cada vez sería más difícil salir. Las mentiras son así: se enredan con facilidad y llega un punto en el que es imposible volver a la casilla de inicio. Pero ¿qué otra cosa podía hacer sino seguir adelante? Si confesaba la verdad, sabía que Alastair Miller no dudaría ni un segundo en llevarla de regreso a Londres. Es más, eso supondría un buen punto de popularidad para él. Nerviosa, siguió peleándose con las cintas de su incómoda ropa interior.

Para ser justos, Diane estaba demasiado acostumbrada a que su doncella la ayudase a arreglarse cada mañana, razón por la que no tenía demasiada maña para ello.

—¿Qué estás haciendo ahí atrás? —Se quejó él.

—A una señorita no se le mete prisa... —Ahogó la voz al darse cuenta de que, probablemente, él ni siquiera la consideraría una *señorita*, menos mal que no se le ocurrió llamarse a sí misma dama. Chasqueó la lengua—. Ya casi estoy.

Cuando consiguió ponerse las ropas informales y sueltas que él le había dado, salió tras el biombo. Se sentía terriblemente expuesta sin llevar un apretado corsé, tan solo una camisola y unas enaguas que le quedaban grandes. Diane estaba acostumbrada a verse atrapada entre un montón de telas que ahora habían desaparecido. Pensó que, teniendo en cuenta su cambio de vida, iba a tener que empezar a acostumbrarse.

Ese era el plan. Terminar en algún pueblo pequeño de las afueras donde nadie pudiese reconocerla, especialmente cuando pasase algún tiempo. Una vez allí, ya vería cómo ganarse la vida. Si era necesario estaba dispuesta a trabajar a cambio de conseguir un techo y un plato de algo caliente que llevarse a la boca. Pero eso eran planes futuros.

Ahora tenía otro problema entre manos.

Uno llamado Alastair Miller.

Él la miró con gesto analítico, como si ella fuese una especie de bolsa de trigo y estuviese evaluando si era de buena calidad o mejorable. Le dieron ganas de cubrirse con los brazos, sintiéndose vulnerable, pero supo que debía mantener la entereza.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¿Acaso importa? —respondió con soltura.

—Me intriga descubrir qué motivos pueden llevar a una mujer como tú a terminar en plena noche, en medio de la nada, buscando refugio desesperadamente.

Alastair rondó a su alrededor como un leopardo. Justo a ese animal le recordaba. Tenía un aire oscuro, con sus ojos acerados entrecerrados, la mirada altiva y el porte distinguido de alguien que ni siquiera poseía título alguno, como si a pesar de ello se creyese con derecho a estar por encima del resto. En esos momentos, Diane comprendió de dónde venía su fama de conquistador y por qué estaba considerado como un hombre peligroso.

Con la boca seca, contestó lo primero que se le ocurrió.

—Tuve... tuve que huir de... de un cliente —soltó. Por todos los dioses, ¿en qué lío se estaba metiendo ella sola? Casi podía sentir el ovillo de lana en su mano que iba volviéndose más pesado conforme se enredaban más mentiras—. Una situación incómoda.

Él la miró con astucia y con una intensidad abrasadora.

—¿Qué tipo de situación?

—Una señorita no debería...

—Habla —la cortó secamente.

—Me molestaban sus formas y decidí marcharme —explicó con soltura sin entrar en más detalles por miedo a meter la pata—. Desafortunadamente, la tormenta me pilló a medio camino y no tenía dinero para pagarme una habitación.

—Ya veo... —Él pasó por su lado.

Diane contempló embelesada su amplia espalda cuando Alastair se inclinó hacia la chimenea y avivó las llamas con destreza. Una ola de agradable calor calentó la habitación y esa sensación sofocante la hizo más consciente de que se encontraba a solas con un libertino en plena noche. Si le hubiesen dicho que algo así ocurriría meses atrás, se habría reído de buena gana. Imposible. Del todo imposible. Para empezar porque, hasta hacía apenas un día, ella era una señorita de lo más respetable y con un futuro prometedor por delante.

Ahora, en cambio, estaba completamente arruinada.

Y, para mejorar la cosa, junto a un hombre de mala reputación que pensaba que ella era una fulana cualquiera. Pensar en eso la puso nerviosa de inmediato.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó él.

En esos momentos, parecía más divertido y curioso que otra cosa. Diane se puso de inmediato en alerta cuando él volvió a rondarla. Paró cerca de ella, muy muy cerca. A escasos centímetros. Pudo oler su aroma varonil. Jamás en toda su vida había tenido a un hombre a esa distancia. Notó que temblaba, pero mantuvo las formas con esfuerzo.

—Me marcharé en cuanto amaine la tormenta —dijo ella, aunque, a decir verdad, no sabía todavía cómo lo haría. ¿A dónde ir?, ¿qué hacer? Sus planes eran sobre la marcha.

—¿Cómo piensas llegar a su destino sin un penique?

—Ya se me ocurrirá algo. —Tragó saliva con nerviosismo, porque él estaba cada vez más cerca de ella, hasta el punto de que apenas quedaba distancia alguna entre los dos.

Se obligó a no moverse cuando Alastair posó sus largos dedos masculinos en su mandíbula, sujetándola y alzando su rostro hacia él. Diane sintió cómo le fallaban las rodillas.

—Deberías agradecerérmelo de alguna forma.

Que no esté insinuando lo que creo, por favor, por favor...

Pero, por supuesto, sí lo hacía. A fin de cuentas, Alastair pensaba que era una prostituta, ¿por qué no aprovechar la situación para requerir sus servicios durante aquella fría noche de otoño? *¿En qué lío me he metido?*, gimió para sus adentros. Empezó a notar que tenía la boca seca y su corazón latía atropelladamente por culpa del miedo. Luego se dijo que tenía que mantener el tipo. Era pura supervivencia. No le quedaba otra opción que seguir adelante sin frenos en aquella locura. Se obligó a sonar dicharachera, casi divertida a pesar de que por dentro estaba aterrada y paralizada. Por suerte no le falló la voz.

—Lo haría si no me doliese la cabeza. Por tu culpa.

Alastair arqueó las cejas con lentitud sin dejar de mirarla.

—¿Mi culpa? ¿En serio?

—Me has golpeado.

—Pensaba que eras un ladrón.

—Ya, pero incluso así...

Diane se silenció de golpe cuando él le rozó la sien con los dedos, apartando con suavidad el cabello aún mojado y adherido a su piel. Gimió bajito al notar el dolor lacerante cuando apretó contra su piel. Demonios. El golpe había sido certero, así que no se le pudo ocurrir mejor excusa que esa. Alastair apretó los labios y apartó la mano.

—¿A qué insensata mujer se le ocurre vagar por ahí en plena noche? —Empezó a mascullar malhumorado, como si la culpa de que él la hubiese golpeado fuese de ella. A Diane le sorprendió que un hombre de tan dudosa reputación se mostrase así de preocupado por lo ocurrido—. Y acércate al fuego o terminarás cogiendo una neumonía.

Diane obedeció, todavía sin dar crédito a su suerte.

Mientras permanecía enfrente de las ondulantes llamas, se dijo que podría haber caído en manos de un hombre cruel o terminar perdida en el bosque que rodeaba la posada por culpa de la oscuridad. A pesar de su precaria situación, al menos estaba bajo un techo y, aunque todo lo que había oído sobre Alastair Miller debería haber hecho que tuviese miedo de él, por alguna misteriosa razón se sentía casi tranquila a su lado. Aunque alerta, por supuesto. Una mujer nunca debía dejar de estarlo, especialmente teniendo en cuenta que no disponían de los mismos medios que los hombres ni podían vivir en igualdad de condiciones.

Ojalá todo fuese diferente, pensó Diane con amargura.

—No tardes en acostarte —dijo él secamente.

—Gracias —contestó ella con voz temblorosa.

Él la ignoró y, sin decir nada más ni mediar palabra, salió de la habitación dejándola a solas delante de la chimenea. Diane se quedó unos minutos más observando el fuego, asimilando la rara situación. Pensó en qué dirían sus amigas si les contase que había pasado una noche en la habitación de Alastair Miller sin terminar con la ropa en el suelo. Estaba orgullosa de sus dotes artísticas. A fin de cuentas, siempre le había entusiasmado el teatro, pero no pensó que se le daría tan bien llevar a cabo su propia representación.

Cuando se metió en la cama y cerró los ojos, se dio cuenta de lo cansada que estaba tras tantas horas de viaje sin apenas llevarse nada a la boca. Se hizo un ovillo. Por un leve instante, incapaz de conciliar el sueño pese a tener los músculos agarrotados de agotamiento, imaginó qué hubiese pasado si ella se hubiese visto obligada a *agradecerle* a Alastair su hospitalidad aquella noche. Pensó en esas manos grandes y llenas de experiencia recorriendo su cuerpo, en su boca pecaminosa susurrando su nombre y en el gris de sus ojos atravesándola sin piedad como una daga de acero...

Se removió en la cama, inquieta, en ese estado a medio camino entre la conciencia y el sueño ligero. Entrecerró los ojos, adormecida, y creyó distinguir una sombra frente a las ascuas que quedaban en la chimenea, pero antes de que pudiese pensar en nada más, los parpados empezaron a cerrársele y cayó rendida en una oscuridad profunda.

No todos los días Alastair Miller accedía a darle cobijo a una completa desconocida que había intentado colarse en su carruaje y se había negado a complacer su apetito sexual. Sin embargo, Diane había sido la excepción a la regla. Y él aún no sabía por qué.

Le meditó mientras amanecía, todavía sentado en un sillón delante de las brasas que desprendían un calor ligero, al tiempo que contemplaba el cuerpo de la joven, tendido sobre la cama que él debería haber ocupado esa noche. Eso era lo único que no suponía una novedad, puesto que no era la primera ni la última noche que Alastair pasaba en vela. Estaba acostumbrado a dormir mal, muy mal. Rara vez conciliaba el sueño cuando lo hacía fuera de su casa. Al viajar o pasar tiempo en algún lugar ajeno, no podía evitar mantenerse alerta. No era por nada en particular, aunque no podía decirse precisamente que un hombre como él no tuviese un buen puñado de enemigos. Sin embargo, aquella noche fue diferente.

Por alguna misteriosa razón, no podía dejar de pensar en la chica que yacía tendida a unos metros de distancia. Desde el instante en el que había visto su rostro, con esos expresivos ojos almendrados y llenos de una dulzura que sin duda contrastaba con su estilo de vida, él había sentido cómo su corazón latía más rápido. Pero no era solo eso. Lo había sorprendido su lengua mordaz, su mirada inteligente y el hecho de que no lo hubiese venerado como sí hacían habitualmente la mayoría de las mujeres que lo rondaban.

Es más... ahora que lo pensaba...

Era la primera vez que le daban una negativa.

No es que lo hubiese exigido directamente, pero sí había dejado caer que ella debería *agradecerle* su hospitalidad. Y los dos sabían cómo agradecían las mujeres como Diane las cosas. En ese momento, sintió unas ganas terribles de despojarla de la ropa que le venía grande y de hacerla suya como hacía una eternidad que no deseaba a otra mujer.

No es que aquello tuviese ningún sentido. No lo tenía, no.

Alastair sacudió la cabeza y se dijo que debía de estar muy aburrido y desesperado por darle otro aire a su vida como para mostrarse tan interesado en una cortesana.

En ese instante, ella se movió en la cama y se desperezó.

—¿Qué demonios...? ¿Qué haces tú aquí? Oh.

Ese *oh* sonó melódico en los labios de la joven. Fue como si de golpe recordase todo lo ocurrido la pasada noche. A Alastair le hizo gracia que hubiese dormido tan profundamente. De hecho, para ser sincero, ya debía haber abandonado la posada y puesto rumbo a la casa de campo hacía horas. Podría haber dejado a la chica durmiendo en la habitación y salir por su cuenta, pero algo lo retuvo y se quedó un poco más.

Diane miró rápidamente el otro lado de la cama, intacto.

—¿Dónde has dormido? —preguntó con decoro.

¡Já! ¡Con decoro, una cortesana cualquiera! Alastair alzó las cejas sorprendido mientras intentaba comprender a esa criatura que tenía delante. ¿Desde cuando a una chica como ella le importaba que un hombre como él durmiese a su lado? Casi debería mostrarse agradecida de que así fuese, en todo caso. Él arrugó el cejo sin dejar de observarla.

—No duermo mucho. —Entrecerró los ojos.

En ese instante, mientras Alastair la evaluaba, ella se dio cuenta de que estaba cometiendo demasiados errores, pero, al despertar de golpe, acostumbrada a hacerlo en su habitación cuando su doncella descorría las cortinas, no había podido evitar mostrarse así.

Procuró enmendar su error y sonrió con despreocupación.

—Podrías haberte tumbado un rato, hay sitio de sobra. Y el colchón no puede decirse que sea una maravilla, pero tampoco está nada mal. —Como para dejarlo más claro, una vez apoyó los pies en el suelo, dio un par de saltos y los muelles crujieron.

La mirada de Alastair la atravesó mientras se levantaba.

—Créeme, si probase ese colchón contigo, no sería precisamente para pegar una cabezadita. — Ella escondió lo mucho que la afectó su descaro—. A propósito, ¿cómo va el golpe de tu cabeza? Déjame echarle un vistazo —ordenó con firmeza.

Se acercó hasta Diane dando grandes zancadas y apartó el pelo con los dedos, enviando un escalofrío a todo su cuerpo. Él le rozó la piel, que estaba un poco amarillenta.

—Se te irá en un par de días.

—Das fuerte —admitió.

—Sin dudar. Así debe ser.

Se quedaron mirándose fijamente durante unos segundos que se alargaron más de lo debido. Diane jamás había estado delante de un hombre como aquel: de espalda ancha, cintura estrecha, mucho más alto que ella y con esa oscuridad que parecía flotar a su alrededor incluso cuando era amable y medianamente considerado. Hasta entonces, todos los hombres que había conocido eran aburridos, poco interesantes e incapaces de seguirle el ritmo.

Alastair iba a decir algo, cuando, de repente, a ella le rugió el estómago.

Fue como si tuviese un elefante agitándose dentro.

—Vaya. —A él pareció hacerle gracia.

—Tengo un poco de hambre.

—¿Desde cuándo no comes?

—Un día. Quizá algo más.

Alastair la miró largamente, admirando los labios carnosos y sensuales en contraste con esa mirada llena de inocencia y se preguntó cómo era posible que una chica tan bonita y lista, en apariencia por sus respuestas, hubiese terminado llevando aquella vida. A esas alturas, él pensaba que ya estaba más que aburrido de las cortesanas, porque eran un blanco demasiado fácil, carente de valor. Ni siquiera tenía que esforzarse. Así que, durante el último año de su vida, se había divertido más con viudas o incluso mujeres casadas. Al menos, conquistarlas le requería de cierta astucia y perseverancia, algo que lo sacaba de su aburrimiento habitual. Pero, sin embargo, contemplando a esa joven, estuvo tentado de quitarse la ropa, quitársela a ella, tumbarla en la cama y hacerla suya en ese mismo instante.

Sacudió la cabeza y recordó que tenía cosas importantes que hacer.

—Pediré que te suban algo a la habitación —dijo.

—Oh, vaya, muchas gracias. —Diane respiró hondo.

—Y toma. —Haciendo su buena acción del día, se sacó algunas monedas que le tendió con brusquedad—. Pero no te acostumbres. Y deja de ir sola por ahí en plena noche.

—Yo... gracias... —Diane tragó saliva con fuerza.

No podía creerse que el temible y peligroso Alastair Miller fuese en realidad un gatito adorable. En ese instante, cuando él se dio la vuelta tras colocarse su capa y se dirigió sin más

preámbulo hacia la puerta de la habitación, Diane sintió el tonto impulso de retenerlo un poco más. ¿Por qué? No lo sabía, pero eran muchas las razones. En primer lugar, porque estaba completamente sola, en un lugar desconocido. En segundo lugar, porque estaba segura de que terminaría cometiendo alguna estupidez y siendo asaltada por saqueadores de caminos o sometida a alguna tortura mucho peor, especialmente si seguía diciendo por ahí como una tonta que era una cortesana. Y en tercer lugar... porque de repente la idea de no volver a ver a ese hombre no le gustó. Carecía de sentido, pero él la llamaba a gritos.

—¡Espera! —gritó.

Alastair se giró con impaciencia.

—¿Sí?

—¿A dónde te diriges?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Quizá vayamos en la misma dirección.

—¿Y eso me incumbe porque...?

—Podrías llevarme contigo.

Alastair la miró sorprendido, pero luego le entraron ganas de reír. ¿De dónde había salido esa muchacha tan sumamente rara? No se comportaba como ninguna de las cortesanas que él había conocido hasta entonces, y no habían sido pocas. ¡Por Dios! Ni siquiera había intentado seducirlo. De repente, era como si el mundo estuviese del revés.

—¿Y puede saberse que ganaría yo? —preguntó burlón.

—Ehhh... —Ella pareció pensarlo—. ¡Puedo pagarle! Tengo dinero. —Ante su atónita mirada de desconcierto, la joven recogió las monedas que él acababa de darle apenas un minuto atrás y se las devolvió. Lo miró con una sonrisa—. Tendrá que ser suficiente.

Alastair parpadeó conmovido y ladeó la cabeza observando a esa chica que tenía delante y a la que no lograba descifrar. Había intentado matar la curiosidad diciéndose que tenía cosas más importantes que hacer, pero el interés creció hasta convertirse en algo que ya no podía ignorar. Por eso aquella idea loca lo zarandeó de golpe.

Su mirada cambió. Se volvió astuta y directa.

—De acuerdo. Vendrás conmigo.

—Ah. ¿En serio? —Aunque casi le había rogado que aceptase llevarla en su carruaje, Diane no podía evitar que la decisión de Alastair la dejase sin palabras—. Gracias.

—Sígueme. Nos vamos ya. No me sobra el tiempo.

Ella no dijo nada de su actitud algo déspota y fue tras él cuando salió de la habitación, aunque lamentó profundamente la idea de no poder disfrutar de esa comida que él iba a pedir que le subiesen a la habitación. Tenía el estómago vacío. Jamás había pasado tanta hambre, pero se sobrepuso a la angustiada sensación mientras valoraba sus opciones, consciente de que mantenerse bajo el ala de Alastair un poco más era lo que necesitaba para pensar qué camino tomar y cuál sería su siguiente movimiento, ya que no tenía demasiadas opciones.

El lacayo le abrió la puerta del carruaje.

Ella se acomodó en uno de los lados. Solo cuando Alastair también subió, se dio cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro. No había contado con esa energía que sintió al estar junto a él en un espacio tan pequeño y cerrado. Tragó saliva con fuerza.

Cuando el carruaje se puso en marcha, él la miró a los ojos.

—¿De dónde eres, exactamente? —le preguntó.

—Ehhh... de un pueblo pequeño, dudo que lo conozcas.

—No tienes acento. Cualquiera diría que te has criado en la ciudad. De hecho, tu vocabulario es sorprendentemente amplio para ser una cortesana.

—Siempre he sido curiosa —se defendió ella.

—Eso me gusta. —La miró con intención.

A Diane le rugió el estómago de nuevo, rompiendo el momento. Mejor, porque había empezado a ponerse nerviosa ante el escrutinio de Alastair.

—Perdona —susurró disculpándose.

—Toma —dijo él con sequedad.

Abrió una bolsa de lino que acababa de sacar y le mostró una hogaza de pan, un poco de queso y jamón seco. Diane salivó al ver aquello, pensando con ironía en todos los banquetes a los que había asistido a lo largo de su vida sin valorar la comida. Cuando cogió la comida y devoró sin ningún decoro el queso, no se percató de la mirada divertida de él.

—Hay algo que me llama la atención de ti...

—Mmmm, ¿ef qué? —Tragó como pudo.

—Es curioso que vayamos en la misma dirección.

—Pues sí. —Se terminó el pan, muy a su pesar.

—Sobre todo teniendo en cuenta que no te he dicho en qué dirección voy.

Diane se atragantó con ese último trozo que se le quedó atascado en la garganta. Tosió con fuerza ante la imperturbable mirada de Alastair, que parecía estar disfrutando.

—Es que aún no lo he decidido. Es decir, que estoy dejándome llevar a ver con qué me sorprende la vida. Quería un cambio de aires, así que estoy improvisando.

—Fascinante. —Alastair la miró entre intrigado y con desconfianza.

—Supongo que sí. Necesito nuevos horizontes.

Se quedaron en silencio un rato mientras el carruaje traqueteaba sin descanso. Ella no podía evitar mirarlo de reojo cada vez que él clavaba la vista en la ventanilla. Aprovechaba entonces para admirar su semblante serio y la masculinidad que desprendía. Pero, en medio de aquellos pensamientos sin sentido, aparecían también otros preocupantes: como el hecho de que no sabía qué iba a hacer o dónde dormiría esa próxima noche.

—No falta mucho para llegar —anunció él pasado un rato—. ¿Dónde quieres que te dejemos? Hay un par de pueblos que están cerca. ¿Conoces la zona?

—No, pero me apañaré. Cualquiera me valdrá.

Alastair asintió en silencio. Veinte minutos más tarde, se adentraron en una pequeña aldea con casas de tajados a dos aguas. Había una taberna, una posada y algún que otro establecimiento modesto, pero el lugar era muy sencillo. El carruaje frenó lentamente. Diane pegó la mirada en la ventanilla y se preguntó qué demonios iba a hacer, pero cuando él la miró con gesto interrogante, se obligó a sonreír como si lo tuviese todo controlado.

—Hemos llegado —anunció Alastair.

—Eso parece. —Ella estaba temblando, pero intentó disimular mientras él la ayudaba a bajar del carruaje y sus pies tocaban el suelo empedrado—. Muchas gracias por todo.

—Ha sido un placer —susurró él.

Después de una larga mirada indescifrable, Alastair sacudió la cabeza y regresó a la comodidad de su carruaje. Suspiró con pesar y le pidió a su lacayo que reanudase la marcha, cosa que obedeció. Sin embargo, apenas se habían alejado diez o quince metros, cuando le ordenó que frenase. Sabía que era irracional lo que estaba haciendo, pero cuando se asomó y la vio ahí parada, mirando la nada como si no supiese a dónde ir, decidió que diesen media vuelta y volvió

hasta donde ella permanecía de pie y con los ojos brillantes.

—Vamos, sube —gruñó enfadado.

Diane sonrió y se lanzó hacia la puerta.

La casa de campo que Alastair Miller pretendía vender era, sencillamente, majestuosa. Diane estaba acostumbrada a ver numerosas propiedades del estilo, su propia familia tenía una, pero no se parecía a aquella. Y no era solo por lo grande que era o por los materiales en los que había sido construida, todos con cierto aire moderno y de un gusto exquisito, sino el hecho de que estaba en un entorno perfecto, casi sacado de un cuento de hadas. La casa se asentaba sobre un prado de hierba verde y jugosa que desembocaba en un bosquecillo repleto de encanto por el que pasaba un arroyo. Era perfecta.

—Es magnífica —dijo ella cuando bajaron.

—Supongo que sí. —Él se encogió de hombros y saludó al mayordomo y a la ama de llaves cuando salieron a recibirlos con una sonrisa servicial.

—Espero que hayan tenido un buen viaje, señor.

—Un poco accidentado, pero aceptable. Ella es Diane, se quedará aquí estos días, así que tratadla como a cualquier otro invitado. ¿Está encendida la chimenea de la biblioteca?

—Sí, señor, sabíamos que le gustaría.

—Perfecto. Gracias.

Alastair entró en la casa y ella se quedó allí sola, todavía sin poder creerse su suerte. Cuando la había dejado en aquella aldea perdida se había sentido sola y desgraciada. ¿Qué podía hacer? ¿Adónde ir? ¿Cómo encontrar un lugar para dormir y comida para sobrevivir? Diane no sabía defenderse en un entorno hostil porque estaba demasiado acostumbrada a vivir entre almohadones. Había sido un milagro que él decidiese dar media vuelta y regresar a por ella. Pensó que era su ángel de la guarda, por mucha fama de demonio que tuviese.

—Señorita, le llevarán su equipaje. Permíteme que le enseñe su habitación.

No se molestó en decirle que no tenía equipaje. Esa había sido una de las cosas que no pensó en su momento. De poder volver atrás, meditaría mucho mejor su plan de fuga. Pero todo había sido tan repentino que no había tenido tiempo para pensar antes de marcharse escapándose por una de las ventanas de la que había sido su casa.

Esperaba poder lavar el vestido que había quedado empapado por culpa de la tormenta. Ya pensaría más adelante cómo conseguir una muda aceptable, porque no podía seguir llevando aquellas ropas prestadas que Alastair había encontrado en la posada.

Siguió a la mujer hacia el interior de la increíble vivienda. Le presentó a la que iba a ser su doncella mientras estuviese allí, una joven llamada Tami que tenía un rostro amable. Su habitación estaba en el ala este de la segunda planta y era una estancia con las paredes cubiertas de bonito papel pintado, el suelo de madera pulida, las cortinas de un tono borgoña con un distinguido bordado de oro y una cama con dosel en medio de la estancia. Diane sintió unas ganas irrefrenables de tirarse en ella, a pesar de que el día anterior había descansado medianamente bien en la habitación de la posada.

—¿Necesita algo más? —le preguntó Tami.

—Sí. Agradecería poder darme un baño. Y necesito que me laven mi ropa. Tuve un pequeño percance ayer en medio de la tormenta —comenzó a decir.

—Claro. Pediré que le traigan agua caliente.

—¿Puede estar listo el vestido cuanto antes?

—Lo intentaré —dijo antes de despedirse.

Diane la vio marchar y suspiró. Se dejó caer en un pequeño sillón que había delante de la chimenea encendida. Fue como si de repente se desinflase después de todos los nervios acumulados durante aquellos días. Una criada subió el agua y llenó una pequeña bañera poco después. Diane se despojó de aquellas ropas extrañas y se metió dentro. El placer la atravesó. El agua estaba caliente y deliciosa. Se enjabonó el cabello y el cuerpo, frotando con ahínco su piel, pues tenía la sensación de estar más sucia que nunca en toda su vida. Cuando terminó, se quedó un rato más dentro de la bañera. Por una pequeña rendija que no cubrían las cortinas, pudo ver el exterior y se fijó en los árboles que habían empezado a mudar sus hojas con la llegada del otoño. Se preguntó qué haría a continuación.

Su situación era la siguiente: había huido de la ciudad que conocía, su amada Londres, para evitar convertirse en una mujer terriblemente desdichada. Pero eso tenía consecuencias. Había arruinado su reputación, se había convertido en escoria para la sociedad en la que se había movido hasta entonces. Y lo más importante: no tenía adónde ir.

¿Qué haría durante el resto de su vida? No había pensado en algo tan crucial antes de marcharse corriendo. Era evidente que no podía permanecer mucho tiempo bajo el ala de Alastair antes de que él se cansase de ella, pero ¿qué haría entonces? ¿Cómo se ganaría la vida? ¿En qué lugar podría encontrar refugio y consuelo? Recordó que tenía unos tíos lejanos que residían en Francia, pero la idea de llegar hasta allí le resultaba una odisea.

Cuando el agua se enfrió, salió y se envolvió con una toalla. Se sentó delante de las llamas, deseando que su vestido estuviese listo pronto. No pensaba ponerse la ropa que se había quitado y que estaba sucia y llena de barro, pero no tenía nada más, así que permaneció así durante un par de horas, hasta que llamaron a la puerta.

—La comida está lista —anunció su doncella.

—Lo siento, no voy a bajar. Gracias.

Casi le dolió decirlo, porque estaba muerta de hambre. La joven no puso objeciones y se despidió de ella sin llegar a entrar en la habitación, algo que Diane agradeció porque no quería que nadie la viese así, tan vulnerable. Estiró las manos hacia el fuego sin dejar de darle vueltas a su situación. Unos minutos después, volvieron a llamar.

—¿Por qué no vas a comer? —Era la voz de Alastair.

—No tengo apetito —mintió—. Comeré algo más tarde.

—Preferiría compartir la mesa contigo. Baja.

—He dicho que no —insistió ella.

—Bien. Voy a entrar...

—¿Qué? ¡No! ¡No puedes entrar!

¿De dónde había salido ese hombre? Ninguno que ella conociese diría jamás una locura semejante. ¿Cómo podía pasársele por la cabeza entrar en el dormitorio de una dama? Incluso aunque él no supiese que ella era una y siguiese pensando que se trataba de una cortesana que cobraba a cambio de ciertos favores.

—Es mi casa. Uno, dos y...

—¡No! ¡Ni se te ocurra!

—¡Tres!

La puerta se abrió de golpe y Alastair apareció en el umbral. Ella seguía estando paralizada y

de pie delante de las llamas, mirándolo como si no pudiese dar crédito a lo que él acababa de hacer. Se apretó la toalla contra el cuerpo, incapaz de hablar. Él tardó unos segundos en darse cuenta de cuál era la situación. Primero se fijó en sus pies desnudos y luego subió lentamente contemplando sus torneadas piernas y la silueta de su cuerpo tras la toalla. Además, Diane llevaba el largo cabello suelto, algo que ningún hombre debería ver.

—Diablos, haber avisado —masculló él.

—¡Te he dicho que no entreses!

—No sabía que estarías... así.

—Márchate, por favor.

—¿Bajarás a comer?

—Yo... no puedo —terminó por decir ella, rindiéndose y con las mejillas tan rojas que pensó que podrían verse a kilómetros de distancia. Era sin duda la situación más bochornosa de toda su vida. Quizá debía acostumbrarse a vivir sin decoro ni normas.

—¿Por qué no? —Él la miró a los ojos.

—No tengo ropa, ¿de acuerdo?

—¿Cómo?

—El vestido. Estoy esperando a que lo laven. Hasta entonces, no tengo nada que pueda ponerme. Así que te agradecería un poco de intimidad.

Alastair dio media vuelta y salió de la habitación tan rápido como había entrado. Diane se quedó mirando la puerta con el corazón latiéndole con fuerza y tan nerviosa que aún le costaba respirar. Jamás había vivido con un hombre una situación tan desconcertante e íntima. De hecho, lo más cerca que había estado de uno había sido durante los bailes de la temporada, pero nada como compartir la habitación de la posada el día anterior con Alastair, o estar metida en un carruaje durante horas, o permitir que la viese como entonces. En resumen, hasta hacía menos de veinticuatro horas ella no tenía ninguna experiencia con el sexo masculino, a pesar de que Alastair pensase exactamente todo lo contrario.

Se quedó mirando las llamas con una sensación extraña en el estómago. Se preguntó qué habría pensado él al verla así, tan solo envuelta en una toalla y con el pelo suelto...

Volvieron a llamar a la puerta.

—¿Puedo pasar, señora?

Era la voz dulce de Tami.

—Sí, claro.

La joven entró cargada hasta arriba con un montón de vestidos. Se acercó hasta la cama y los dejó encima, extendiéndolos con cuidado para que no se arrugasen. Diane abrió la boca, sorprendida. Uno era de un tono verde musgo que relucía bajo la lámpara. Otro, el más atrevido, de un rojo pasión que parecía resbalar por la tela de seda. Y, por último, uno amarillo pálido más apropiado para el uso diario, pero precioso en su sencillez.

—¿De dónde los has sacado?

—El señor me mandó con Fred para que fuese a buscarlos. He intentado tardar lo menos posible y he deducido sus medidas. No le vendrán perfectos, pero quizá pueda arreglárselos más tarde, si tenemos algo de tiempo.

—Oh, no te preocupes. Son perfectos.

Acarició con la mano el vestido amarillo y sonrió agradecida. Tami la ayudó a vestirse y, poco después, bajó al gran salón. Por supuesto, hacía horas que la comida ya había sido servida, pero Alastair seguía allí, sentado en un sillón y leyendo unos papeles que parecían importantes. Alzó la

vista hacia ella cuando la vio entrar por la puerta. La miró con descaro.

—No está mal, aunque me gustaba más el verde. Y, sobre todo, el rojo.

—El rojo es un vestido muy poco apropiado —se le escapó a Diane.

Era poco apropiado para una joven como ella, sin experiencia y todavía soltera, pero no para una mujer que quisiese sacar a relucir sus mejores armas delante de un hombre.

—Eres una mujer muy curiosa... —dedujo él.

—¿Y eso por qué? —Diane se sentó enfrente.

—Nunca había conocido a una cortesana tan refinada.

—Me gustan los buenos modales —replicó un poco nerviosa ante la posibilidad de que él se diese cuenta de que no era quien decía ser—. A ti veo que no.

—No demasiado, la verdad. Yo soy más de dejarme llevar por mis impulsos más primarios —le contestó con los ojos brillantes y fijos en ella.

—Comprendo. ¿Has tomado té?

—Aún no. Te estaba esperando.

Una criada apareció y les sirvió el té con leche y algunas pastas. Diane se permitió coger dos de ellas, acostumbrada a que su madre siempre la riñese si comía más de una. La excepción lo merecía. A fin de cuentas, no tenía ni idea de cuándo volvería a probar unas pastas tan deliciosas. Cerró los ojos con deleite mientras él la observaba fijamente.

—No deberías hacer eso, Diane.

La voz de Alastair estaba ronca.

—¿Por qué?

—Un hombre tiene sus debilidades. Y a menos que estés dispuesta a averiguar cuáles son, será mejor que disfrutes de ese bocado de forma menos expresiva.

Diane cerró la boca de inmediato, pero no pudo evitar sentir un escalofrío ante el escrutinio de él. ¿Cómo sería sentir una boca como la de él sobre la suya? ¿Qué sentiría cuando un hombre la besase por primera vez, si es que eso alguna vez ocurría ahora que había sido repudiada? ¿Y tenía el deseo algo que ver con el escalofrío que la recorrió?

Alastair se encerró en su despacho durante el resto de la tarde. Debería estar concentrado en la venta de la propiedad, pues el interesado en comprarla llegaría a la mañana siguiente, pero tan solo podía pensar en Diane, que ahora se encontraba bajo el mismo techo que él. Desde el momento en el que descubrió que bajo aquella capa se ocultaba una preciosa mujer, supo que le daría problemas. Pero no imaginaba cuántos.

Verla desnuda en su habitación, tapada solo con una toalla, no había sido precisamente una ayuda. Sabía que no había estado bien entrar así, pero no se le había pasado por la cabeza que no estuviese vestida y presentable. Y verla con el cabello cayendo por sus hombros y cubierta solo por la fina tela blanca había sido... devastador. Esa era la palabra. Todo su cuerpo se había encendido y endurecido al instante. Deseó tanto alzar la mano y tocarla que por un momento pensó que lo haría, pero luego cambió de opinión.

La quería en su cama. Desnuda y entregada.

Pero la quería de verdad. Para él, tenía sentido. Por alguna razón, no quería pagar por los servicios de Diana. Eso sería demasiado fácil, como la compra de esos vestidos, una mera transacción con intereses de por medio. No le satisfacía imaginarlo, a pesar de lo mucho que la deseaba y de que estaba seguro de que disfrutaría del idilio. Pero lo que realmente Alastair quería era conquistarla. Sí, quería que ella cayese a sus pies. Quería verla con la boca entreabierta y suplicando que la besase. Quería separar sus piernas y hundirse en ella una y otra vez con la certeza de que aquella mujer deseaba estar en su cama.

Y precisamente por eso estaba enfadado consigo mismo.

Porque aquel no era el mejor momento de su vida para ponerse un reto por delante y menos uno que incluyese a una mujer, algo que siempre acarrearía problemas. Alastair pretendía vender pronto la propiedad, cuanto antes, y regresar a la ciudad. El campo lo ponía de mal humor. Nunca le había encontrado la gracia. Era aburrido, mucho. No encontraba nada que hacer entre tanto prado abierto, flores y absurda calma. Él necesitaba emociones fuertes para sentir que estaba vivo y eso era lo que Londres le daba. Allí podía visitar el club. O apostar. O buscarse una amante. O batirse en duelo con alguien. O asistir a alguna fiesta en la que divertirse. Cualquier posibilidad le disparaba la adrenalina.

El campo, en cambio, era paz y tranquilidad. No se le daba bien sentirse así, en paz consigo mismo y tranquilo con lo que le rodeaba. De hecho, le angustiaba pensar en ello.

Pero por primera vez sus intereses interferían con la idea de largarse cuanto antes, porque eso significaría que tendría que despedirse de Diane, algo que, además, lo alteraba. No entendía por qué, pero tenía el presentimiento de que esa joven estaba terriblemente perdida y le incomodaba la idea de dejarla a su suerte, aunque dado su oficio, sabía muy bien ganarse la vida. Y, sin embargo, había algo que no encajaba... no encajaba en absoluto...

Alastair se sirvió una copa de coñac y luego miró por el gran ventanal. Se fijó en la chica que atravesaba los jardines y se dirigía hacia los establos. Llevaba el vestido amarillo que él le había regalado y caminaba con aire seguro y pisadas firmes.

Se terminó la copa de un trago cuando la perdió de vista.

Unas horas más tarde, Alastair bajó al comedor a cenar. Ella ya estaba allí y se había cambiado para ponerse el vestido verde, mucho más apropiado para la noche. Llevaba el cabello recogido, pero algunos tirabuzones escapaban con rebeldía. La mesa estaba llena de platos: guisantes, frutas confitadas, mermelada, pato asado, puré de patata y queso de nueces.

Diane atacó su plato como si llevase días sin comer.

—¿Qué hacías esta tarde en los establos?

Ella alzó la vista hacia él y tragó el bocado.

—Oh, me encantan los caballos.

—¿Acaso sabes montar?

—Sí, por supuesto.

Alastair no dijo nada, pero por su gesto quedó patente lo mucho que le extrañaba que una mujer como ella hubiese recibido lecciones para aprender a montar a caballo. Quizá se habría criado en una granja, pensó. O era hija de algún cuidador de caballos. Sea como fuese, le intrigaba, algo inaudito. Quería saber más cosas sobre ella. Había algo en su semblante sereno, en su mirada vivaz, que lo mantenía alerta. Porque no era solo una muchacha de lengua afilada y con un pasado misterioso a sus espaldas, sino que, contra todo pronóstico, también poseía cierta timidez, como si fuese inexperta; algo ridículo, claro.

Terminaron de cenar en silencio y, después, cuando retiraron los platos, Alastair se levantó y le preguntó si quería una copa. Ella dudó, pero finalmente la aceptó. Él abrió la cómoda y sirvió dos vasos con tres dedos de líquido ambarino. Le tendió uno a ella y acercó su vaso al suyo hasta hacerlos tintinear con suavidad. Le mostró una sonrisa descarada.

—Por los encuentros inesperados —susurró.

Ella le dio un trago y luego empezó a toser. Alastair reprimió una carcajada al darse cuenta de que, probablemente, era la primera vez que probaba algo tan fuerte. Se acercó al pequeño salón que había al lado, un poco más apartado, y se sentó en el sillón. Ella ocupó el sofá pequeño que había enfrente y que estaba tapizado con una tela sedosa azul.

—De manera, Diane, que escapaste de un cliente desagradable y te viste atrapada por la tormenta —dijo él, recopilando la poca información que sabía sobre ella.

—Así es. —Diane dejó el vaso.

—Y no sabes hacia dónde vas...

—Aún lo estoy meditando. Te agradezco la hospitalidad.

—¿Quién era ese molesto cliente? —inquirió él.

—No puedo decírtelo. Es confidencial.

Alastair se dio unos toquecitos en el mentón con la punta de los dedos mientras la miraba con aire pensativo como un león contemplaría a su presa atrapada.

—Y dime, ¿has tenido muchos amantes hasta la fecha?

—Unos... unos cuantos, sí... —Ella titubeó insegura.

Por alguna razón estúpida, Alastair se sintió celoso, aunque no tuviese ningún sentido, ya que hacía veinticuatro horas que conocía a esa mujer. Bebió un trago largo y decidió que había llegado la hora de empezar a divertirse un poco.

—¿Y qué servicios son tu especialidad?

—¿Cómo dices? —Diane se sonrojó.

—Ya me has oído.

—Eso es muy indecoroso.

Alastair se puso en pie y dejó el vaso de cristal en la mesa. Se acercó hasta ella y se sentó a su lado en el sofá, tan cerca que su pierna rozó la tela del vestido amarillo. Diane se estremeció ante su proximidad. Era un hombre apuesto, muy apuesto. Sus ojos insondables la miraban con una intensidad que haría temblar al mismísimo diablo y su cuerpo emanaba calor. Se fijó en su boca, apretada y deliciosa. Volvió a preguntarse qué se sentiría al besar a un hombre. Y más concretamente, a un hombre como aquel, con una presencia tan arrolladora y poderosa. De repente sintió que la temperatura de la habitación había aumentado varios grados y empezó a sentirse sofocada.

Alastair alargó una mano hacia ella y le apartó un pequeño tirabuzón que se había escapado de su apretado recogido. Diane saltó como un resorte ante el contacto.

—¿Sabes cuál creo que es tu especialidad...? —le susurró él con un tono de voz peligroso y ronco que a ella le puso el corazón del revés.

—¿Cuál? —Intentó no temblar.

Él le rozó la mejilla con los nudillos y ella se quedó sin aire, como si de repente le hubiesen estirado de las cintas del corsé hasta apretárselo al máximo. Cerró los ojos cuando lo sintió moverse a su lado y acercar su boca hasta su oído. Se preguntó si debería parar aquello. Y sí, sí que debería. Pero por otro lado... ah, por otro era delicioso...

—Creo que tu especialidad es la mentira.

Diane abrió los ojos de golpe, saliendo de un sueño.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Debo admitir que al principio me lo creí, aunque tenía mis dudas, pero esta noche me ha quedado claro que tienes de cortesana lo mismo que yo de ángel.

—¿Cómo te atreves a poner en duda mis palabras?

—Si estoy equivocado, demuéstremelo.

Diane tragó saliva, presa del pánico. Sabía qué era lo que le estaba proponiendo. Lo miró largamente, admirando sus pestañas oscuras y su mandíbula de líneas marcadas. Sintió un latigazo dentro de ella, un deseo que nunca se había manifestado. Diane jamás se había sentido atraída por un hombre. Los pretendientes que había tenido hasta la fecha habían sido jóvenes inexpertos o con un aspecto muy diferente al de Alastair, caballeros que jamás osarían tocarla o entrar en su habitación cuando estaba casi desnuda. Pero con él era distinto. Con él sentía una especie de cosquilleo trepando por su cuerpo y adueñándose de su cabeza. Eso fue lo que la hizo plantearse por un momento que, quizá, podría intentar demostrarle quién decía ser antes de que su mentira fuese destruida del todo.

Por eso se inclinó hacia delante, aún titubeando, y apoyó una mano en la mejilla de aquel hombre. Sintió el tacto algo áspero de su piel tras el afeitado. Alastair se mantuvo en silencio mientras ella tanteaba el terreno, sintiendo su corazón martilleándole en el pecho a cada centímetro que acortaba entre ellos, como si fuese una especie de cuenta atrás.

Y entonces sucedió.

Diane posó sus labios sobre los de él y sintió un calor intenso adueñándose de todo su cuerpo. Escuchó cómo Alastair soltaba un gruñido antes de entreabrir sus labios y demostrarle lo que era un beso de verdad, que poco tenía que ver con el leve gesto que ella había llevado a cabo. Sus manos le rodearon la cintura para pegar su cuerpo al suyo, sus labios apresaron los de ella y su lengua se coló en su boca sin pedir permiso, arrancándole un jadeo inesperado de placer. Diane se sujetó a sus hombros cuando pensó que iba a desfallecer. Pensó que aquel beso, sin duda, debía de

ser pecado. Porque era húmedo, abrasador y apasionado. Los labios de Alastair no le daban tregua y ella se sentía encendida por todas partes, como si fuese una luciérnaga en medio de la oscuridad de la noche.

No supo cómo acabó en el regazo de él, pero el cuerpo de aquel hombre era duro, firme y la tentaba como nada más lo había hecho antes. Estaba acalorada y alterada, pero no podía dejar de besarlo. El sabor de su boca era adictivo. Cuando él apresó su labio inferior entre sus dientes, ella gimió en respuesta. Estaba segura de que ningún caballero besaría así.

—Oh, Alastair. —Enredó los dedos en su cabello oscuro.

Pero fue en ese momento, cuando ella pronunció su nombre, cuando él pareció despertar de un letargo y dejó de besarla. Diane abrió los ojos y lo miró anhelante, deseando que continuase con aquella deliciosa tortura. Sin embargo, Alastair volvió a depositarla en el sofá, apartándola de su regazo, y se pasó una mano por los labios hinchados con aire distraído. Cuando la miró, parecía profundamente decepcionado.

—Esta es la prueba que necesitaba.

—¿La prueba...? —Ella aún estaba confusa, con las piernas temblorosas y el deseo en cada rincón de su cuerpo a la espera de más, mucho más.

—La prueba de que no tienes ninguna experiencia.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Diane, por favor. Ni siquiera sabías besar.

—¡Claro que sé besar! —protestó.

Alastair se levantó un tanto alterado y fue hasta el mueble para servirse otra copa de ese licor. Le dio un trago con la esperanza de deshacerse del sabor de los labios de ella, porque besarla había sido devastador y la única razón por la que se había apartado era porque su torpeza en la materia lo había descolocado. No solo no sabía besar, si no que ni siquiera estaba segura de que alguna vez lo hubiese hecho antes. Le había dado un beso casto, más propio de una dama que de una mujer experimentada. Si no fuese porque él había sentido el impulso de demostrarle cómo era un beso de verdad, ni siquiera hubiese usado la lengua.

Descubrir aquello lo había descolocado completamente.

—Ahora vas a decirme quién eres.

—No puedo —gimió asustada.

—Entonces creo que ha llegado la hora de que te marches.

—Pero... pero es de noche —titubeó—. Y no tengo adónde ir.

—Te irás al amanecer —replicó secamente.

Estaba muy enfadado. La había rescatado en medio de la tormenta, le había dado ropa, comida, cobijo y seguridad. Y ella, a cambio, le había contado una mentira tras otra y se había aprovechado de su hospitalidad, algo que no era propio en él, para empezar. Se sentía humillado y malhumorado, pero decidió darle una última oportunidad.

—Como comprenderás, no puedo acoger en mi casa a una mujer que ni siquiera sé quién es. Se trata de una cuestión de principios. Mi hospitalidad a cambio de confianza.

Diane tenía los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

—Pero es que no puedo... Yo...

—Tu carruaje estará preparado por la mañana.

Alastair salió del salón con el corazón latiéndole con fuerza, algo que le molestó. ¿Desde cuándo a él le importaba lo que le ocurriese a una desconocida? Se obligó a mantenerse sereno y a no flaquear. Le dio la orden al mayordomo y subió a su despacho.

Alastair no pegó ojo en toda la noche. Cuando se metió en la cama, empezó a dar vueltas hasta que, finalmente, decidió levantarse y se quedó en la biblioteca revisando algunos documentos necesarios para la compraventa que le había preparado su abogado. A pesar de que era un hombre de confianza, a él le gustaba supervisarlo todo personalmente.

Poco a poco, la oscuridad fue rota por un leve fulgor del amanecer. El sol empezó a salir por el horizonte. Alastair ordenó que le sirviesen allí mismo café y algo de desayuno para no tener que bajar al salón principal. No quería encontrarse con ella. Estaba seguro de que si la miraba a los ojos terminaría cediendo y dejando que se quedase a pesar de que ella no fuese a confesarle la verdad. Y podía parecer algo poco importante, pero Alastair la necesitaba. Le gustaba tener el control, saber a qué se estaba enfrentando, anticiparse a todo. La idea de acoger a una desconocida misteriosa en su casa no estaba entre sus planes, por mucho que ella lo atrajese como ninguna otra mujer lo había hecho.

Es más, se había pasado toda la noche recordando aquel beso. Había algo electrizante en ella. O mejor aún, en la química que los dos irradiaban cuando estaban juntos.

Pero eso no solucionaba nada. Al revés, lo empeoraba.

Cuando escuchó voces abajo, se acercó hasta la ventana y apartó la cortina para ver el exterior. Diane estaba vestida con el vestido que ella misma llevaba la noche que la encontró en la mitad de la tormenta, pero ahora estaba limpio. No llevaba equipaje, así que Alastair dedujo que ni siquiera se había llevado los vestidos que él le había regalado el día anterior. La vio subir al carruaje cuando el lacayo le abrió la puerta y, no mucho después, se alejaron por el camino que conducía hacia la salida de la propiedad.

Alastair sintió un incómodo pesar en el pecho.

Volvió a su escritorio y se concentró en los papeles que tenía encima para mantener controlado el impulso que le gritaba que saliese de allí y regresase a por ella. En apenas unas horas, llegaría el comprador interesado para ver en persona la propiedad. Esperaba que todo estuviese perfecto y le gustase para poder cerrar la venta cuanto antes.

Por suerte, el hombre, un tal Thomas Wanter, llegó puntual. Fue un alivio porque Alastair necesitaba pensar en cualquier otra cosa que no fuese en esa mujer que le había robado el sueño e iba paso de hacer lo mismo con su cordura. Supuso que a esas horas ella ya estaría en el pueblo haciendo a saber qué. Alastair prefería no pensar qué sería de su paradero a partir de entonces. Lo más probable, desde luego, era que nunca volviesen a verse. Por alguna razón eso lo entristeció.

—Bienvenido, señor Wanter —saludó a su invitado cortésmente.

—Gracias. Estaba deseando poder venir de visita —contestó aún mirando a su alrededor, fijándose en el techo del recibidor y en los cuadros que colgaban de las paredes.

—Espero que lo que ve sea de su agrado.

—Oh, lo es. Y mucho. La casa es fascinante. Tiene cierto toque modernista que no posee ninguna otra propiedad campestre que haya visto hasta la fecha.

—La hizo un arquitecto francés siguiendo mis indicaciones.

—Tiene usted un gusto exquisito.

—Le agradezco el cumplido. Pase.

Lo acompañó por el largo pasillo y le enseñó el resto de la propiedad. Durante el paseo por cada una de las estancias, que no eran pocas, y más tarde por el exterior, hablaron de política y negocios. Alastair sabía desenvolverse adecuadamente en todos los ámbitos, aunque sin duda lo suyo era esto último. Había levantado un pequeño imperio con su don para los números y las inversiones, una cualidad de la que carecían la mayoría de la aristocracia, lo que explicaba que muchos hombres con título que lo miraban por encima del hombro en realidad estuviesen casi en la más miserable ruina.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —inquirió Thomas cuando salieron de la zona de los establos y él pretendía enseñarle los límites de la propiedad por los que fluía un arroyo.

—Por supuesto. Lo que quiera.

—¿Por qué la vende? Me consta que terminó de construirla hace poco. Está nueva, reluciente, cuidada hasta el mínimo detalle. Y es una casa estupenda.

Alastair sonrió de lado. Era una buena pregunta, pero no estaba seguro de que su respuesta fuese a satisfacer la curiosidad de aquel hombre. La realidad era la siguiente: compró esa casa y se gastó en ella una fortuna porque le gustaba la idea de ser feliz allí y poder presumir de tener una propiedad en el campo como la mayoría de la alta sociedad de la ciudad. En algún lugar recóndito de su cabeza, imaginaba allí días luminosos y agradables, pero a la hora de la verdad había sido todo bien diferente. Alastair pasó allí el primer verano en cuanto la casa se construyó. Tenía intención de disfrutar de un mes tranquilo en el campo, pero no aguantó ni siete días. Antes de que terminase la semana estaba a punto de subirse por las paredes por culpa del aburrimiento y la quietud que se respiraba en aquel lugar. La falta de cosas que hacer le hacía pensar. Y a Alastair no le gustaba pensar demasiado en él mismo.

—Tengo intención de comprarme otra casa que esté más cerca de la ciudad. Probablemente en Sans o en Delton —mintió, porque sabía que era más probable que entendiese aquello que el hecho de que un hombre como él no estaba hecho para el campo.

—Claro, es una opción interesante, sí.

—Entonces, ¿le gusta la casa?

—Mucho. Es maravillosa. —Se dirigieron juntos hacia la puerta principal a paso lento, sin dejar de charlar—. Necesitaría unos días para pensármelo.

—Claro. No hay problema.

Sí que lo había. Él quería largarse de allí cuanto antes y volver a su vida ajetreada en Londres, sobre todo ahora que la mente le bullía pensando en Diane. Pensó que podría dejar a alguien al cargo o regresar cuando tuviesen que firmar el contrato de compraventa.

Se despidió de Thomas y luego entró en la casa. Se dirigió a uno de los pequeños salones de la mansión y se desabotonó el botón superior de la camisa que le estaba apretando la garganta. Le costaba respirar, aunque no sabía bien por qué era. Estaba un poco alterado. Supuso que habían sido demasiadas emociones en pocos días. El viaje en carruaje, con lo mucho que él los odiaba, el percance con Diane, ir al campo, la tensión acumulada tras la discusión con ella, ahora la reunión con el comprador interesado...

—Señor, ¿tiene un momento? —preguntó el lacayo.

—Ahora no, Mike. Tengo cosas que hacer.

Como tomarse una copa e intentar relajarse.

—Pero, señor, creo que es importante...

Puso los ojos en blanco y suspiró con pesadez. Lo único que le apetecía era estar solo con sus

propios demonios. Después, pediría que le preparasen el equipaje y se marcharía.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—Es la chica. Diane.

Eso captó su interés.

—¿Qué ocurre con ella? ¿La dejaste en el pueblo?

—Sí, señor, hice lo que me pidió.

—¿Entonces? —Se dio cuenta en ese momento de que, debido a su impaciencia y a los nervios se había puesto en pie y estaba muy cerca de Mike.

—Es que después de dejarla y antes de regresar, fui a la taberna a tomarme una cerveza y encontré esto colgado de la pared. Parece ser que los hay por todo el pueblo.

El lacayo le tendió el papel doblado que llevaba en la mano. Él lo abrió rápidamente y lo que vio lo dejó paralizado. Era ella. Diane. Su rostro estaba dibujado a carboncillo, pero se distinguían sus facciones dulces y llamativas, incluida aquella boca sugerente que él había besado la noche anterior. Abajo, podía leerse: *¡Atención! ¡Se busca a lady Diane Brenton, hija del duque de Wellington! Se ofrece recompensa a quién la traiga de vuelta.*

Alastair estaba conmocionado.

Lady Diane Brenton...

La hija del duque de Wellington...

¡Por todos los diablos!

—Llévame al pueblo, ¡ahora! —le ordenó a Mike saliendo a toda prisa de la habitación con el lacayo pisándole los talones para intentar seguirle el ritmo.

Durante el trayecto en carruaje, lo único en lo que podía pensar era en todas aquellas personas que también habrían visto aquel cartel y estarían deseosos de darle caza a la dama para llevarla de vuelta a la ciudad. De repente, solo podía pensar en que tenía que encontrarla antes que cualquiera de ellos. Le aterrorizaba que pudiesen tratarla como a una mera mercancía, que era en lo que se había convertido gracias a ese cartel. Ni siquiera podía pensar ahora en el hecho de que ella le hubiese engañado haciéndose pasar por quien no era.

Le pidió a Mike en repetidas ocasiones que fuese más rápido. Tenía un mal presentimiento. Un mal presentimiento que se cumplió cuando llegaron a la plaza de aquella pequeña aldea y vio que había bastante gente reunida en medio del lugar. Casi se lanzó del carruaje. El corazón le latía a toda velocidad. Se abrió paso entre la gente a base de codazos y empujones sin ningún tipo de cuidado. Y vio justo lo que había imaginado. En el centro estaba Diane con los ojos anegados de lágrimas. Un hombre la sujetaba con excesiva fuerza de la muñeca mientras discutía con otro que estaba enfrente.

—¡Yo la vi primero!

—No es cierto. Es mía.

—¿Y eso quién lo dice?

Alastair dio un paso al frente.

—Suéltala —gruñó con tal furia que le sorprendió incluso a sí mismo. Ella alzó la vista hacia él con alivio, mirándolo con tal expresión de temor que Alastair temió no ser capaz de controlar las ganas que tenía de acabar con toda esa gente que había allí congregada en la plaza—. Suéltala ahora mismo —repitió con un nudo en la garganta.

—¿O si no qué? —Lo miró burlón.

—No vivirás para contarlo.

Lo decía en serio. Apretó los puños.

—¿Y se supone que tú acabarás conmigo? —Lo miró con desdén, burlándose porque probablemente no lo veía peligroso con aquellas ropas que él usaba en la ciudad en comparación con las vestimentas gastadas y sucias que llevaban ellos.

—Sí, con mis propias manos.

—Eso habría que verlo.

—De acuerdo. Te reto a ello. Un combate mano a mano, tan solo tres asaltos. Si gano yo, me quedo con la chica. Si lo haces tú, es tuya. No interferiré.

El hombre dudó, pero el pueblo jaleando lo obligó a ceder.

—Está bien. Será fácil.

Soltó a Diane, que se quedó rezagada a un lado. La gente allí reunida empezó a chillar pidiendo el espectáculo que les habían prometido. Alastair se quitó la chaqueta con parsimonia, casi como si estuviese aburrido. Después se arremangó la camisa almidonada, respiró hondo y dio un paso al frente. El otro hombre escupió a un lado sobre el suelo de la calzada e hizo lo mismo. Empezó el primer asalto y el otro fue directo hacia Alastair, que lo esquivó con facilidad. El hombre sonrió y probó a darle un segundo golpe. Lo alcanzó de lleno en el mentón. El público rugió animado por el espectáculo gratuito que estaban presenciando en plena mañana. Alastair cogió aire y justo cuando el otro se había relajado al creerse superior, le dio de lleno en la nariz, noqueándolo al instante.

—¡Maldita sea! —gruñó el tipo llevándose las manos a la cara en el momento en el que empezó a sangrar. Las gotas caían sobre los adoquines de la calle.

Pero no se rindió. Con la furia contrayendo su rostro, volvió al combate y empezó el segundo asalto. Alastair se movía como un gato sigiloso. Parecía una pantera fuera de su hábitat, dispuesta a atacar, pero con cierta elegancia y gracilidad. Sabía que, si superaba ese asalto, el combate lo habría ganado, así que no le dejó tiempo ni para reaccionar. En cuanto intentó darle un derechazo, se lanzó hacia él y le golpeó con todas sus fuerzas en el mentón. El hombre cayó hacia atrás despedido y acabó en el suelo.

—Uno, dos... ¡tres! —gritó alguien del público.

—Creo que tenemos un vencedor —dijo otro.

Alastair no quería perder más tiempo con los detalles. Había ganado. Se puso la chaqueta con cierta molestia por ese primer golpe que le había dado al alcanzarlo y luego fue hacia Diane, que seguía apartada en un rincón del círculo. La cogió de la mano sin delicadeza y tiró de ella directo hacia donde había dejado su carruaje.

—Lo siento. Yo...

—No hables, entra ahí.

Diane estaba temblando. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas en silencio mientras el carruaje se ponía en marcha y se alejaba del pueblo. Alastair estaba sentado frente a ella, con sus rodillas rozando la tela de su vestido. Estaba malhumorado. Tenía los hombros tensos y los labios apretados en una fina línea. Había empezado a aparecer una rojez en el lugar donde el otro le había alcanzado con el puño. Diane quería hablar, decir algo, pero estaba bloqueada y asustada. Se había sentido aterrorizada en aquella plaza, como si fuese un saco de monedas por el que los dos hombres estaban discutiendo. Y lo que era peor, la idea de que la llevarsen de vuelta a la ciudad le daba aún más miedo que estar allí.

No pudo reprimir más sus temores.

—¿Vas a entregarme? —preguntó.

—Debería hacerlo —dijo gruñendo.

—No, por favor... Es que... Yo solo...

—Será mejor que mantengas la boca cerrada. Ahora vamos a ir a casa, me daré un baño de agua caliente y luego nos reuniremos en la biblioteca y me lo contarás todo con pelos y señales. ¿Me has entendido? No quiero más secretos ni más engaños.

—Te lo prometo.

Sorbió por la nariz, un poco más tranquila al saber que, por el momento, no pensaba entregarla de inmediato. Al menos tendría la oportunidad de explicarse. Y Alastair ya sabía quién era ella, así que no tenía nada que temer en cuanto a eso. De modo que, durante el resto del viaje, se esforzó por dejar de llorar y mantener controladas sus emociones.

Cuando divisó a lo lejos la casa campestre, sintió un extraño alivio. Tal como Alastair le había dicho, desapareció en cuanto bajaron del carruaje en el interior de la propiedad. Ella tardó un poco más en entrar y, cuando lo hizo, Tami le preguntó si necesitaba algo.

—Una manzanilla, por favor —le pidió.

Quería algo que le calmase los nervios.

Se la tomó en la terraza trasera, con las manos temblándole aún por culpa del susto mientras contemplaba los árboles que empezaban a desnudarse con la llegada del otoño. El suelo verde estaba cubierto por hojas rojizas, ocres, amarillas y marrones. Meditó bien sus cartas y pensó que, después de todo, Alastair merecía que ella fuese sincera y, además, estaba cansada de mentir. Necesitaba confiarle a alguien la historia de sus últimas semanas.

Pasado un rato, una criada le dijo que él la estaba esperando en la biblioteca, así que Diane se levantó y se dirigió hacia allí subiendo por las escaleras de caracol.

Llamó a la puerta y después entró.

La estancia estaba sumida en las sombras, con las pesadas cortinas cubriendo los ventanales, pero había un fuego agradable en la chimenea que hacía que el sitio resultase más acogedor. Alastair estaba sentado tras la mesa de su escritorio, con una copa en la mano. Cuando la vio, se puso en pie y se sentó junto a ella en la zona de los sillones, frente al fuego.

—Bien, ¿a qué esperas para empezar?

—Es que es una larga historia, no sé cómo...

—El principio. Comienza por ahí.

Diane se frotó las manos que tenía en el regazo.

—Como sabes, mi padre es uno de los hombres más poderosos de la ciudad. El apellido de mi familia lleva siéndolo desde hace muchas décadas. Supongo que por eso siempre ha sido un hombre muy ocupado, así que realmente no lo vi demasiado durante mi infancia. Me mandaron a estudiar a un internado de prestigio y, durante las vacaciones, pasaba los veranos en la casa de campo familiar con mi madre y mis hermanos.

—Sigue —la animó cuando hizo una pausa.

—Pero todo cambió cuando me presentaron en sociedad. Pasaba más tiempo en la ciudad y, durante la temporada, tuve varios pretendientes. De haberlo sabido entonces, me hubiese decidido por alguno de esos hombres, pero no podía imaginar lo que iba a ocurrir. Mi padre invirtió en un proyecto de negocio que finalmente fue un fracaso. Él y sus socios perdieron todo el dinero que habían destinado allí, que no era poco. Nos quedamos en la ruina, aunque nadie podía saberlo si queríamos mantener el honor de cara a la sociedad.

—Típico de la aristocracia —escupió Alastair.

—Así que durante más de medio año estuvimos viviendo de cara a la galería, pidiendo préstamos y endeudándonos cada vez más. Mi padre y mis hermanos entraron en una espiral peligrosa en lo concerniente al dinero. Nosotras ni siquiera nos enterábamos de todo lo que estaba ocurriendo. Y, finalmente, hace unos meses, mi madre falleció inesperadamente.

A Diane se le llenaron los ojos de lágrimas al recordarlo.

—Lo lamento muchísimo —le dijo él con sinceridad.

—Entonces, una mañana apareció mi hermano mayor para hablar con mi padre. Yo no sabía qué estaba ocurriendo, pero estuvieron más de una hora encerrados en el despacho. Cuando acabaron, me hicieron llamar. Y entonces me lo dijeron. Me comunicaron que habían concertado un matrimonio para mí. Querían que me casase con Darrel Gerton.

Alastair sintió que se quedaba sin aire por un momento. La rabia acudió a él y contrajo los puños. Su rostro se tornó lívido, con un rictus de preocupación en su boca.

—Darrel tiene dinero, mucho dinero. El trato era que a cambio de casarse conmigo y poder acceder a un apellido de prestigio, en lugar de tener que ofrecer nosotros una dote, él solucionaría los problemas económicos de la familia con una gran suma de dinero.

—Te vendieron como si fueses mercancía.

—Sí. Quizá hubiese podido aceptarlo si Darrel no fuese el hombre más terrible que he conocido jamás, pero cuando lo conocí y nos quedamos a solas...

—¿Qué pasó?

Alastair estaba alterado. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Intentó... propasarse. Y cuando le pedí que parara, me sujetó con tanta fuerza del cuello que me dejó una marca durante días. Así que no podía... no podía casarme con él de ninguna manera.

—Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Y sencillamente me escapé. Salté por la ventana de mi habitación con lo puesto y sin mirar atrás. Le pagué a un lacayo para que me sacase de la ciudad y me dejó en el hostel donde tú me encontraste...

Él se puso en pie con todo el cuerpo en tensión. Fue a la cómoda y se sirvió otra copa, porque la iba a necesitar. También le puso un poco a ella. El calor del coñac en la garganta no logró apaciguar la rabia que sentía en su interior, como si un volcán dormido acabase de entrar en erupción. La idea de que ese salvaje le pusiese una mano encima o le hiciese daño le removía las entrañas. No quería ni pararse a imaginar cómo habría sido la vida de Diane si no hubiese logrado

escapar a tiempo.

—Y, por los carteles de búsqueda, me temo que a Darrel no le importa en absoluto que mi reputación esté arruinada si pese a ello puede tener descendencia con el apellido.

Alastair inspiró profundamente, con el pulso acelerado.

—¿No piensas decir nada? —inquirió ella mirándolo.

Él se quedó unos segundos contemplando su semblante dolido y las lágrimas que surcaban sus mejillas en silencio. Cuando Diane se levantó, Alastair se acercó hasta ella y con el dorso de la mano le limpió las mejillas. La dulzura del gesto la sorprendió.

—No dejaré que te ponga una mano encima. Aquí estás a salvo.

—Pero si me encuentran... si me atrapan...

—No lo harán. Confía en mí.

Diane sintió que se mareaba de alivio al oír esas palabras. Se dejó llevar por su primer impulso y su cuerpo chocó con el de Alastair en una especie de abrazo imprevisto. Jamás había abrazado a un hombre. Al fin de cuentas, era un gesto íntimo. Pero cuando él la estrechó entre sus brazos apretándola con suavidad y sintió su respiración en su cuello, pensó que encajaban a la perfección y que aquel era el único lugar donde deseaba estar.

—¿Y qué pasará conmigo?

—Ahora estás bajo mi protección.

—Pero no tengo dónde quedarme. Y ellos me buscarán... No pararán de buscarme. Conozco a mi padre y a mis hermanos, son tenaces, sobre todo cuando se trata de dinero.

—Tú vendrás conmigo —sentenció él.

Se separaron lentamente. Alastair bajó la vista hasta los labios entreabiertos de la joven y sintió un latigazo de deseo al recordar el beso que le había dado. Luego, para rebajar la tensión del momento, le sonrió de lado y le dirigió una mirada seductora.

—¿Y no se te ocurrió nada mejor que hacerte pasar por una cortesana? ¿Qué habrías hecho si hubiese requerido de tus servicios? —bromeó sin apartar los ojos de ella.

Diane tragó saliva y se le enrojecieron las mejillas.

—No lo sé, estaba improvisando...

—Sin ningún tipo de experiencia.

—Así es. De hecho...

—¿Sí? —Él la animó a continuar porque, de repente, Diane había cerrado la boca como si no se atreviese a terminar lo que iba a decir en su momento.

—Nunca me habían besado.

Alastair tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para mantener las manos quietas en ese momento. Contemplando sus ojos brillantes y sus labios rosados, fue toda una tortura.

—¿Y qué te pareció?

Dio un paso hacia atrás para alejarse de ella. Buscó su copa y se terminó lo que le quedaba de un trago mientras la miraba fijamente. Ella seguía ruborizada.

—Interesante...

A pesar de que estaba intentando mantener las distancias, Alastair no pudo evitar jugar un poco. Volvió a acercarse a ella como si un imán lo llamase y se inclinó.

—¿Y qué hubiese pasado si no llego a parar?

—No lo sé... —Diane se estremeció.

—Deberías tener más cuidado.

—¿Por qué?

—No todos los hombres pueden resistirse a una tentación semejante —contestó con un susurro ronco lleno de deseo—. Recuérdalo la próxima vez que estés en peligro.

Y, después de aquellas palabras, Alastair salió de la biblioteca dejándola a solas. Porque era eso o bien lanzarse a su cuello y devorarla entera y sin remordimientos.

Diane apenas vio a Alastair durante los siguientes dos días y aquello la entristeció profundamente. No la acompañó durante las comidas ni las cenas, tampoco por la tarde a tomar el té. Siempre estaba encerrado en su habitación o en el despacho de la biblioteca. Y Diane se aburría. Pero no fue solo eso lo que aquella mañana la hizo cometer una locura, sino que lo echaba de menos. No tenía sentido, puesto que apenas lo conocía, pero había algo poderoso y atrayente en la presencia de Alastair, más allá de todos los rumores que había oído sobre él en la ciudad y de todo lo que había ocurrido entre ellos.

Por eso, aquella tarde, se decidió a llamar a su despacho.

—Entra —respondió una voz al otro lado de la puerta.

Diane lo hizo. Se coló en aquella habitación oscura y miró al hombre que estaba sentado a la mesa leyendo unos documentos. Él alzó la vista, sorprendido al verla, como si después de esos días alejados el uno del otro le sorprendiese que ella aún estuviese ahí.

—Buenas tardes —lo saludó la joven.

—¿A qué debo el placer de tu visita?

—Me preguntaba... —Se mordió el labio inferior de un modo delicioso—. Yo me preguntaba si tú... si, bueno, si tú... verás...

—¿Sí? —Le divertía su nerviosismo.

—He pensado que quizá te apetecería dar un paseo conmigo. Podríamos ir hasta el arroyo. Hace una tarde agradable, aún queda una hora de sol.

—¿Un paseo contigo?

—Olvidalo. Ha sido una tontería...

—No, está bien. Lo haré.

Alastair aún estaba sorprendido cuando se levantó de su escritorio, apiló algunos papeles y se colocó bien la ropa. Después siguió a la joven fuera y bajó tras ella las escaleras que conducían hacia la puerta principal de la casa. Una vez en el exterior, el suave sol otoñal le acarició el rostro y él respiró hondo, llenando sus pulmones de aire.

La miró de reojo mientras ella caminaba distraída y empezaba a recoger algunas flores silvestres que encontraba en aquel camino serpenteante que se alejaba cada vez más de la casa. Lo cierto era que Alastair llevaba dos días encerrado en sí mismo para mantenerse alejado de ella. Lo que le había contado sobre la razón por la que había escapado le había nublado la razón y sentía el impulso de hacerle daño a todas las personas que habían participado en aquello, pero había algo más. Un deseo palpitante que se despertaba cada vez que la tenía cerca, como en esos momentos. Llevaba el vestido verde que él le había regalado y estaba preciosa con el reflejo del sol incidiendo en sus cabellos. Era difícil resistirse a ella.

Cuando llegaron al arroyo, Alastair empezó a fijarse un poco más en su alrededor y no solo en Diane. El canto de los pájaros, el olor a tierra mojada y flores, el murmullo del agua serpenteando a sus pies, la sombra que proyectaban los árboles de alrededor y la paz que se respiraba en ese pequeño trozo del mundo donde solo estaban ellos, aislados de lo demás en un pequeño claro protegido de las miradas del exterior.

—¿No te parece un lugar maravilloso?

—Supongo que sí —contesto Alastair.

—Tienes suerte de poseer esta casa.

—Pronto dejaré de hacerlo. En realidad, este viaje que hice fue para venderla. Hace dos días me reuní con uno de los compradores que está interesado.

Aquello pareció desconcertar profundamente a la joven.

—¿Por qué harías algo así?

—Nunca venía aquí.

—¿Cómo es eso posible?

—Soy un hombre de ciudad.

—Pero... pero este lugar... es mágico.

—Es inútil mantener una propiedad que uno nunca visita —comentó Alastair mientras se sentaba sobre la hierba y ella lo imitaba con las piernas dobladas hacia un lado.

—¿Por qué no vienes más a menudo?

—Me aburro aquí. Y me agobia aburrirme. No tengo mucho que hacer en el campo. ¿Por qué iba querer estar aquí solo durante días o semanas? En Londres siempre tengo planes y cosas pendientes. Bailes, fiestas, noches en el club, reuniones de amigos...

Diane pareció pensar sus siguientes palabras.

—Pero quizá en el futuro... —Se mordió el labio inferior de un modo encantador, aunque pareció hacerlo involuntariamente—. Imagina este lugar cuando tengas hijos. Es un sitio maravilloso para criar a los niños en plena naturaleza, con tanta libertad...

A Alastair se le escapó una carcajada ronca.

—Dudo que eso ocurra jamás. Verás, no tengo previsto casarme. Y, por tanto, preferiría no tener descendencia. Así que esa idílica imagen está lejos de ocurrir.

—¿No quieres casarte? ¿Por qué?

—¿Por qué atarme a una sola mujer?

A Diane se le encendieron las mejillas debido a lo inapropiado de aquel comentario. Por alguna razón, le molestó oírsele decir, a pesar de que conocía cuál era su fama. Sin embargo, en aquellos momentos, mientras el sol bañaba su piel y allí sentado rodeado de flores, árboles y hierba, sintió un deseo inmenso que la hizo odiar el hecho de imaginarlo con otras mujeres. A saber a cuántas de ellas habría besado como lo hizo con ella. Se estremeció.

—No pensarías lo mismo si te hubieses enamorado alguna vez —replicó con tono mordaz mientras arrancaba un manojo de hierbas que no tenían la culpa de nada.

—¿Acaso tú lo has hecho como para saberlo?

—No, pero he leído libros. Mi madre me dejaba hacerlo sin que mi padre se enterase. Y el amor es el sentimiento más puro e inmenso que existe. No se puede escapar de él.

—Me fascina tu inocencia, Diane.

—Y a mí descubrir que tu reputación era cierta.

—Mi reputación... ¿de qué hablamos exactamente?

—Ya sabes lo que dicen en la ciudad. He oído que eres... eres un conquistador de mujeres casadas... —le tembló la voz—. Y que sabes cómo conseguir lo que te propones.

Alastair la miró divertido. Le hacía gracia ver cómo se le encendían las mejillas al hablar de temas así, pero no podía evitar que le molestase un poco la censura que leía en sus ojos. O el hecho de que ella había jugado con ventaja desde el principio al saber quién era él.

—Yo solo le doy a esas mujeres casadas lo que necesitan.

—¿Y nunca has sentido nada profundo por ninguna?

—No —contestó rotundamente.

Se quedaron en silencio contemplando el agua correr en el arroyo y los pequeños insectos que zumbaban a su alrededor. En ese momento, con ella sentada a su lado, Alastair pensó que el campo no estaba tan mal. Al menos, con la compañía adecuada. Se quedó mirando el cielo grisáceo de aquel día. Hacía mucho tiempo que no se relajaba durante un rato sin pensar en negocios y tareas pendientes. Resultaba casi raro, pero relajante.

—Quiero darte las gracias, Alastair —dijo ella de repente en un susurro y sin mirarle a los ojos, como si la avergonzase hacerlo—. Sé que eres consciente de lo que significa acogerme bajo tu protección y eso te honra.

Alastair asintió en silencio. Lo sabía, claro que sí. Por eso ella no había querido decirle su identidad la noche de la tormenta, porque temía que él quisiese deshacerse de un problema semejante. Acogerla como lo estaba haciendo implicaba ir contra una de las familias más poderosas de Londres y su reputación y su nombre saldrían dañados de ahí. Estaba reteniendo a una mujer prometida sobre la que no tenía ningún derecho y, con ello, desafiando a un duque que era uno de los hombres más ricos de la ciudad. Probablemente, tanto a corto como a largo plazo, sus actos tendrían consecuencias y no serían agradables, pero en esos momentos le daba igual. Se habría enfrentado al mismísimo diablo con tal de mantener a salvo a Diane y ese pensamiento lo asustó, porque no era propio de él, sobre todo cuando con el paso de los años había aprendido que, para sobrevivir, lo mejor era hacerlo en soledad.

En ese instante, empezaron a caer pequeñas gotas de agua, tan diminutas que eran como cuchillas afiladas. Diane se llevó una mano a la frente.

—¡Esta lloviendo! —exclamó.

—Será mejor que nos demos prisa.

Se pusieron en pie y echaron a correr subiendo el camino, pero la distancia que les separaba de la casa no era corta y las finas gotas pronto se transformaron en una tormenta torrencial. El agua embarraba el suelo y Diane soltó un grito entre divertido y angustiado cuando se tropezó con una piedra y terminó con las manos sobre un pequeño charco.

—¿Estás bien? Cógeme de la mano.

Alastair la ayudó a levantarse y luego tiró de ella con suavidad hasta la casa, pero cuando la lluvia se tornó furiosa, decidió desviarse hacia los establos que estaban mucho más cerca. Cuando consiguieron llegar y ponerse a salvo, los dos respiraban con dificultad y sonreían como críos. Él se fijó entonces en su aspecto. El recogido que solía llevar se había soltado y algunos mechones caían sobre sus hombros. Tenía la piel tersa, húmeda por la lluvia, y toda ella resplandecía como si la carrera la hubiese hecho vibrar. Pero eso no fue lo que lo puso alerta, sino su cuerpo. El vestido empapado se le pegaba a la piel creando una tentación ante sus ojos. Su escote quedaba más a la vista que nunca porque el corpiño parecía habersele aflojado al correr y Alastair deseó lamer esa porción de piel con la lengua.

—Será mejor que te deje mi chaqueta —dijo.

—No es necesario. Estoy bien, no tengo frío.

—No es por el frío. —El tono ronco de su voz fue suficiente para que ella entendiese a qué se refería él. Sin embargo, no aceptó la chaqueta. Se quedó mirándolo muy fijamente y luego dio un paso al frente hacia él, aproximándose peligrosamente. Alastair cogió aire e intentó mantener el control—. No deberías acercarte mucho más, Diane.

—¿Qué ocurriría si lo hiciera?

—¿De verdad quieres averiguarlo?

—Me intriga. Todo lo referente a ti lo hace.

Estaba siendo sincera. Ahora que le había contado todos sus secretos, Diane se sentía más vulnerable y expuesta que nunca, pero no era algo que la molestase. Siempre había sido una persona transparente, dispuesta a darse a los demás.

Alastair cogió aire sin dejar de mirar la boca de la joven.

—No soy lo que estás buscando —le advirtió.

—¿Y eso cómo lo sabes? —inquirió Diane.

—Porque no tengo nada que dartte.

—Quizá no quiera nada.

—Las damas como tu siempre esperáis algo más.

—Las damas como yo no se escapan de matrimonios concertados dispuestas a cruzar todo el país para vivir en la clandestinidad. Además, ya estoy completamente arruinada.

Él inspiró hondo, consciente de que ella acababa de romper todas sus barreras, y luego le rodeó la cintura con los brazos para pegarla más a su cuerpo y buscar sus labios entreabiertos y mojados por la lluvia. Diane gimió. Un gemido encantador que a él le hizo perder completamente el control. Mientras la lluvia caía fuera sin descanso, Alastair deslizó los labios por su cuello, besándola y mordiciéndola con suavidad a su paso, bajando un poco más hasta aquel pronunciado escote que pretendía acabar con su cordura. La besó ahí, recorriendo con la lengua el contorno de sus pechos que quedaba a la vista. Era deliciosa. Un placer para los sentidos. Su inexperiencia resultaba apasionante, lejos de molestarle. Y el deseo que sentía hacia él era excitante y embriagador. Sintió un latigazo de placer cuando ella le soltó el cuello y bajó esa mano por su torso, palpando su estomago sobre la ropa. Alastair cogió su muñeca y tiró de ella con suavidad un poco más abajo, mostrándole lo excitado que estaba. Diane dejó escapar un jadeo al notar su dureza pese a la ropa que se interponía.

Entonces, Alastair pensó que no podría aguantar mucho más. Pero también era consciente de dónde se encontraban, de pie en los establos. Supo que, si hubiesen estado en una habitación, Diane ya estaría desnuda y entre sus brazos. Sin embargo, se obligó a calmarse. Respiró hondo un par de veces reprimiendo sus instintos y luego la miró.

—No te muevas —le ordenó con la voz ronca.

Después se arrodilló frente a ella y le levantó la falda.

—¿Qué... qué vas a hacer...?

Alastair no respondió. Se limitó a apartar las enaguas y la ropa interior para colar sus dedos más allá hasta que encontró el centro de su sexo. Diane soltó un pequeño grito. Estaba húmeda y él deseó probarla, así que se inclinó para lamerla despacio, usando su boca de la manera más pecaminosa que sabía, enviando oleadas de placer que provocaban que a Diane le temblasen las piernas. Alastair succionó, besó y acarició con la lengua hasta que ella dejó escapar un grito incontenible de placer y cayó rendida. Él se levantó rápidamente y la sujetó contra su cuerpo mientras le bajaba la falda del vestido y la lluvia seguía cayendo.

Pasaron casi cinco minutos hasta que ella habló.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué has hecho...?

—Eso, mi querida pupila, es el placer carnal.

—Vaya... —Lo miró asombrada, pero también con una sombra de curiosidad en su mirada, como alguien que acaba de descubrir algo nuevo—. ¿Y tú?

—Yo sé apañarme solo.

—Pero eso no es justo.

Alastair prorrumpió en una risa ronca.

—No te preocupes por mí.

—No es que me preocupe, tan solo... me intriga.

—Te intriga. —Él alzó una ceja con una sonrisa.

—Eso es. ¿Tú sientes... el mismo placer...?

Alastair asintió con la cabeza, diciéndose a sí mismo que sería mejor cambiar de tema, porque si seguían hablando de aquello jamás se le bajaría la inflamación y aún seguía duro y excitado, con los sentidos alerta y ávido de recibir más, mucho más de Diane. Se obligó a sentarse sobre un montón de paja para alejarse de la joven, que aún lo miraba intrigada.

—Es fascinante —dijo ella.

Él volvió a reírse. Pensó que desde luego Diane sí era fascinante, toda ella en realidad. No solo le parecía fuerte, valiente y decidida, teniendo en cuenta que se había escapado por una ventana sin pensárselo y alejándose de todas las comodidades que había disfrutado a lo largo de su vida, sino que además le resultaba como un sople de aire fresco. No se parecía en nada a las mujeres con las que él solía relacionarse, todas más experimentadas y con ganas de buscar nuevas aventuras fuera del dormitorio conyugal. Diane era distinta. Más inocente, vivaz y sincera. Además, le resultaba divertida sin que pretendiese serlo.

—Me alegra que te lo haya parecido —respondió él.

—No me extraña que todas las mujeres quieran... bueno, ya sabes, pasar por tu cama.

Alastair se rio nuevamente. Ella era refrescante.

—No es algo literal. De hecho, ahora hace bastante tiempo que no tengo el placer de tener una amante. No pretendo fingir que tengo un alma pura, pero quizá tu imaginación esté agrandando un poco la leyenda que me precede —bromeó, pero lo decía en serio. Hacía tiempo que no se acostaba con ninguna mujer. La última con la que había compartido su alcoba era una viuda que finalmente había vuelto a casarse y con la que él había dejado de tener relación. Después, no había sentido el impulso de buscar nada más.

—¿Y lo echas de menos?

—Como te decía, puedo apañarme solo.

Diane dejó de contemplar la tormenta y se acercó hacia él.

—Yo podría... —dudó—, podría... Ya sabes...

Alastair alzó las cejas y la miró sorprendido.

—¿Convertirte en mi amante?

—Sí. Tendrías que enseñarme.

Apretó los labios para no reírse.

—Creo que los dos sabemos que no es lo que tú necesitas, Diane. Nos hemos dejado llevar por el momento, pero... —Intentó encontrar las palabras adecuadas—. Eres joven. Tienes un futuro por delante. Estoy seguro de que encontrarás a alguien que te merezca.

Casi le dolió pronunciar aquellas palabras, pero era lo que sentía.

—Te equivocas. Tengo dos opciones. O bien Darrel me encuentra y termino casada con ese monstruo y teniendo que soportar su compañía hasta el resto de mis días...

—Ya te dije que eso no ocurría.

—O aprendo a vivir como una mujer soltera. Estoy arruinada. Ningún hombre con dos dedos de frente querría jamás casarse conmigo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, ¿quién iba a querer enfrentarse a mi padre y a ese hombre a cambio de estar conmigo? Mírame, no soy tan bonita, ni tengo dote o algo que ofrecer.

Alastair apretó los labios cuando se dio cuenta de que ella tenía razón. No en lo referente a que fuese bonita, por descontado. Era preciosa. Pero sí estaba en lo cierto en todo lo demás. Ningún hombre sensato querría casarse con ella porque, si lo hacía, estaría desafiando a gente muy poderosa que todo el mundo conocía en la ciudad. No tardarían en enterarse y tomar represalias. La vida de Diane estaba condenada.

—He estado pensando mucho en mi situación durante estos últimos días —dijo ella cuando se dio cuenta de que él no iba a negar la realidad—. Y he llegado a la conclusión de que lo mejor es que intente marcharme a Francia. O quizá a Italia. Es la única manera de que no me encuentren e incluso así tendría que vivir el resto de mi vida siendo cuidadosa. Necesitaré dinero. Si me lo prestas, prometo devolvértelo en cuanto pueda. Y siempre cumplo mi palabra —le dijo mirándole a los ojos con una sinceridad que a él se le clavó en el alma—. Pero hasta entonces... me gustaría tener esto... —Se inclinó y lo besó.

Alastair dejó de pensar entonces en qué era lo correcto.

Correspondió aquel beso de forma lenta y apasionada con el murmullo de la tormenta de fondo. La idea de tenerla en su cama se materializó en su cabeza y ya supo que no iba a poder sacarla de ahí hasta que se hiciese realidad. La pegó más a su cuerpo, aspiró su aroma suave y femenino sin poder arrancarse del alma la sensación de estar cayendo en un pozo oscuro y profundo del que no sabría cómo salir más adelante.

—Ha llegado una carta sellada —le informó el mayordomo.

—Déjame verla. —Alastair se puso en pie de inmediato.

La carta estaba firmada por el mismísimo duque de Wellington. Él rasgó el papel con una sensación incómoda en el pecho y la leyó rápidamente. Tal como esperaba, se le informaba de que sabía que su hija estaba con él, acogida en su propiedad. Le pedía que la entregase cuanto antes, añadiendo que harían llegar un carruaje en el día y la hora acordada. De lo contrario, tendría que atenerse a las consecuencias, concluía con tono vengativo.

Alastair arrugó la carta en el puño de su mano, rabioso. ¿Cómo podía un padre tratar así a su propia hija? Como simple mercancía. Un objeto a cambio de dinero. Por desgracia, él sabía bien lo que era tener esa carencia de afecto paternal. El suyo había sido un lord acaudalado que dejó embarazada a su madre. Ella se ganaba la vida trabajando en un burdel y él se había criado entre las habitaciones del lugar y las calles cuando era pequeño. Más tarde, cuando el hijo primogénito de su padre murió por una neumonía, lo hizo llamar porque no tenía a nadie más a quien dejarle su descendencia, pero jamás tuvo un gesto de cariño con él. Nunca lo felicitó por esforzarse durante desde entonces y conseguir ser el mejor en los negocios. Nunca le prestó ayuda. Nunca fue un apoyo ni tuvo una conversación con él.

Y, sin embargo, la situación de Diane era mil veces peor que la suya. No imaginaba cómo se sentiría la joven después de la muerte de su madre y traicionada por su padre y sus hermanos. En cierto modo, ya no le quedaba nada. En apenas unos meses había perdido a su persona más querida, su hogar, su familia y todo aquello que conocía.

—¿Necesita algo más, señor? —preguntó el mayordomo.

—No, ya puedes irte —lo despidió Alastair en la puerta.

Se sentó en un cómodo sillón y miró pensativo por la ventana, preguntándose si debía compartir el contenido de la carta con Diane. Quizá era mejor no hacerlo. No quería asustarla en vano. Y mientras estuviese allí con él, estaría a salvo. No dejaría que nadie le pusiese un dedo encima. Haría lo que fuese necesario por protegerla.

Durante los últimos días, después de lo ocurrido en los establos al caer la tormenta, se habían besado como colegiales en cada rincón de la casa. En los jardines, en el salón, en la biblioteca contra la estantería repleta de libros, en el comedor tras una copiosa cena acompañada por vino e incluso en las cocinas. Alastair nunca pensó que podría disfrutar tanto de simples besos y caricias, pero así era. Pese a las palabras de Diane y sus ganas de experimentar, quería ir despacio. Se sentía como si tuviese un regalo entre las manos que quisiese desenvolver poco a poco hasta encontrar la sorpresa que guardaba en su interior. Además, no habían perdido el tiempo. Él le había enseñado cómo le gustaba que lo acariciasen y cuando ella lo acogió en su mano mirándolo a los ojos, a él le faltó muy poco para no acabar en ese mismo instante. Había algo delicioso en la idea de posponer lo que los dos sabían que terminaría por ocurrir. Alastair disfrutaba de aquello como si fuese un juego y ella aprendía rápido y lo buscaba a menudo en busca de ese placer recién descubierto.

Por eso, no le sorprendió cuando la vio abrir la puerta de la biblioteca y entrar. Estaba tan

hermosa como siempre, con un poco de colorete en las mejillas y sus ojos fijos en él.

—Me preguntaba si te apetecería pasear.

—Ahora no es un buen momento, Diane.

—Claro. Lo entiendo. Te veré más tarde.

Salió y se llevó con ella su atrayente aroma. Alastair se movió incómodo en el sillón, como si su cuerpo la echase de menos y desease que volviese cuanto antes. Pero es que no podía quitarse todas las preocupaciones que tenía en la cabeza. En primer lugar, estaba esa carta, una clara advertencia. Y, en segundo lugar, el comprador le había comunicado que quería hacerse con la casa y él le había pedido un poco más de tiempo, porque tal como estaban las cosas lo mejor no era regresar a la ciudad. Al menos, no mientras Diane siguiese con él. Había otra opción, claro, la que ella misma había ideado: ayudarla a escapar hacia Italia o Francia cuanto antes. Así él podría vender la casa y regresar a la ciudad para seguir con su vida. Era lo más sensato. Lo más liberador para él y lo más seguro para Diane. Pero por alguna misteriosa razón... no podía hacerlo. Era incapaz. Quería alargar un poco más el tiempo que podría pasar junto a ella. Por eso había paralizado temporalmente la venta de la vivienda y tenía intención de ignorar deliberadamente el contenido de esa carta.

Pero, al mismo tiempo, aquel cambio en los acontecimientos, lo hacía estar de mal humor consigo mismo. No le gustaba rendirse tan fácilmente ante los encantos de la joven. Durante los últimos días, embaucado por sus besos, se había sentido dichoso. De repente la vida en el campo ya no le parecía tan horrible si tenía cerca a esa mujer que lo hacía reír con sus ocurrencias y a la que le encantaba sacarle los colores siempre que tenía ocasión.

Aquel día, se mantuvo apartado de ella hasta que llegó la hora de la cena.

Diane bajó enfundada en el precioso vestido rojo que él le había comprado y que no había estrenado hasta ese día. Estaba hermosa. Parecía más poderosa y seductora que nunca. Alastair tragó saliva al verla y la recibió alargando la mano e inclinándose levemente. Después la condujo hasta su silla y le susurró al oído lo guapa que estaba esa noche.

—Gracias —respondió Diane.

Lo miró mientras él se sentaba enfrente de ella para cenar. Había patatas con queso, guisantes tostados, jamón asado, frutas cortadas en gajos perfectos y pastelitos diversos. A Diane se le hizo la boca agua y atacó uno de los platos. Alastair sonrió al verla comer con tanto entusiasmo. Pero pese a su sonrisa, ella notaba cierta tensión en sus hombros. Se preguntó si le estaría ocultando algo. En su fuero interno, le hubiese gustado que él compartiese con ello aquello que tanto le preocupaba. Peor aún, Diane anhelaba ser una confidente para Alastair. Una amiga. Una compañera. Una amante. Ese sentimiento había ido fraguando con el paso de los días. Diane había intentado resistirse, pero era difícil.

Alastair había sido complaciente y bueno con ella. Pese a su fama en la ciudad y a su conocida procedencia, pues era un hijo ilegítimo de un lord, le había demostrado a Diane lo que era el honor y la integridad. La había protegido, incluso aunque ella tan solo le había dado mentiras y excusas. Había luchado por ella en la ciudad, batiéndose a puñetazos con aquel hombre que quería cobrar la recompensa que ofrecían por llevarla de vuelta a la ciudad. Y luego le había jurado que no dejaría que la hiciesen daño. ¿Cómo iba Diane a no derretirse ante tales atenciones? ¿Cómo iba a pedirle a su corazón que no se dejase llevar? Que fuese el hombre más atractivo que ella había conocido no era en absoluto una ayuda. Su mirada penetrante, su cuerpo atlético y fuerte, y su sonrisa canalla eran capaces de aturdir a cualquiera. Y cuando la había besado en el establo... se sintió morir. Fue un beso delicioso, lleno de ternura, pasión e ímpetu. El placer que le había

regalado, la sensación de hundir los dedos en su cabello mojado por la lluvia y sus ojos insondables habían estado a punto de hacerla enloquecer, hasta el punto de pensar que convertirse en su amante sería buena idea.

A fin de cuentas, tenía claro cuál iba a ser su futuro.

Sola y lejos de allí, de todo lo que conocía.

Merecía disfrutar de su compañía antes de marcharse. Cada beso que Alastair le había dado durante aquellos días, había sido un regalo. Y cuando la acariciaba, Diane memorizaba cada pequeño gesto y sensación para quedárselos para siempre en la memoria.

Por eso aquella noche se había puesto ese vestido solo para él.

Percibió su mirada ardiente sobre ella de vez en cuando y eso la hizo sonreír por dentro, deseosa de demostrarle que tenía mucho que ofrecerle. Lástima que Alastair tuviese claro qué era lo que no quería. Una esposa, hijos, una vida clásica y tranquila. Diane se obligaba a recordárselo cada vez que se relajaba e imaginaba lo placentero que sería quedarse para siempre en aquella casa, junto a ese increíble hombre. Eso no era una opción. Debía tenerlo claro antes de que su corazón saliese herido y lleno de rasguños.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Alastair.

—En esta noche. Es agradable, ¿no crees?

—Sí que lo es —contestó él sonriendo.

—Presiento que podría serlo aún más...

—Diane... —Él tenía la voz ronca.

—¿Un pastelito? —Cambió de tema.

Alastair no dejó de sonreír mientras la miraba fijamente como si en realidad quisiese devorarla a ella y no al dichoso pastelito de crema que le había tendido. Sin embargo, le dio un mordisco voraz sin apartar sus ojos de los de ella. Luego lo saboreó a conciencia.

Diane se estremeció y tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no levantarse de la mesa. Aguantó hasta que terminaron los postres. Después se acomodó en el sillón que había frente a la lumbre, mientras el servicio retiraba los restos de la cena. Él se acomodó a su lado, deslizó la mano por su barbilla y lo obligó a mirarlo.

—Hoy estás resplandeciente.

—¿Es eso lo que les dices a todas?

—No, es lo que te digo solo a ti. —Le dio un beso en la nariz y luego otro en la mejilla antes de probar sus labios, que era lo que realmente deseaba.

—Alastair... —susurró su nombre entre jadeos.

Cuando la besaba de esa manera tan pasional y posesiva, Diane sentía que estaba flotando en el cielo como si fuese una nube. Su cuerpo pesaba menos de repente, sus sentidos se relajaban y se concentraban solo en él, todo lo que la rodeaba pasaba a un segundo plano.

—¿Qué es lo que deseas? —le preguntó él.

—Ya lo sabes... —murmuró contra su cuello.

—Hagamos una cosa... —Deslizó la mano bajo su falda y le tocó el muslo enviando una descarga de placer—. Sube a tu habitación y métete dentro.

—¿Qué? Pero lo que yo quiero...

—Shhh. —Posó un dedo en sus labios—. Yo contaré hasta diez y luego haré lo mismo. Intentaré abrir la puerta y entrar. Si no la has cerrado, significará que estás segura de lo que deseas. Pero si decides darle la vuelta a la llave... lo entenderé.

Diane lo miró con adoración por darle a elegir de aquella forma. Dejaba la última voluntad en

sus manos, aunque ella sabía muy bien qué era lo que deseaba. Se levantó y salió del comedor moviendo las caderas con cierta provocación, sintiendo la mirada de él clavada en su espalda. Luego subió las escaleras y entró en su dormitorio. No le dio la vuelta a la cerradura. Quitó la llave y la dejó encima de la mesilla de noche. Se sentó en la cama y empezó a quitarse lentamente las horquillas que sujetaban su cabello. Por alguna razón, quería que él la viese con el pelo suelto y no como aquella vez que había abierto la puerta sin llamar, sino de una manera diferente. Todavía no había terminado de quitárselas todas, cuando la manivela se movió y él entró. Su mirada la dejó paralizada. Estaba cargada de pasión.

Si no lo conociese, si no supiese a esas alturas que era un buen hombre que se había preocupado por ella desde el principio cuando no tenía que hacerlo, hubiese pensado que parecía peligroso mientras se le acercaba dando grandes zancadas. Cuando llegó hasta ella, alzó las manos y él mismo le quitó las horquillas que aún quedaban en su cabello, dejando que las ondas cayesen libres por su espalda y sus hombros. Cogió un mechón de pelo entre sus dedos y lo acarició con suavidad antes de soltarlo. Después se inclinó y la besó.

Diane sintió que aquel era un beso diferente a los otros que él le había dado, aunque no supo decir por qué. Pero era lento, ardiente e intenso. Le rodeó el cuello con los brazos y Alastair cayó sobre ella, encima de la cama. A partir de ese instante, a ella se le nubló la razón. Él buscó los botones de su vestido en la espalda y los fue abriendo. Ella le sacó la camisa de los pantalones y la levantó todo lo que pudo en busca de su piel. Él consiguió dejarla en ropa interior. Ella coló la mano dentro de sus pantalones y apresó su dura erección.

—No puedo esperar más —jadeó Alastair.

—Bien, porque te deseo ahora. Ya.

Él sonrió al escucharla decir aquello. Se deshicieron de la ropa que les quedaba y luego Alastair comenzó una lenta tortura sujetándole las manos sobre la cabeza y besando y lamiendo sus pechos turgentes. Diane gritó de placer, retorciéndose bajo su cuerpo. Sentía su miembro presionando contra su cadera y estaba húmeda y lista para él. No tenía miedo. Ningún miedo. Si tenía que elegir un hombre con el que deseaba tener una primera vez, sin duda ese hombre era Alastair. Sabría que no le haría daño, que iría con cuidado y que se esforzaría por darle todo el placer posible.

—Hazlo ya, por favor —le rogó.

—¿Acaso esto no te está gustando?

Alastair coló una mano entre sus piernas y hundió un dedo en su interior, preparándola. Diane se sacudió en respuesta y se aferró a su espalda. Era una sensación diferente pero deliciosa. Deslizó las manos por la piel del cuerpo de Alastair, disfrutando del calor que emanaba y de poder tocarlo tan libremente.

Él la acarició un poco más hasta que se colocó sobre ella y empezó a penetrarla lentamente. Diane cerró los ojos cuando sintió un dolor agudo y él paró, dejándole unos segundos para que se habituase a la intromisión. Le besó la frente, los pómulos, los párpados, la barbilla y los labios. Esas caricias lo hicieron todo más fácil, porque Diane se sintió respetada y, aunque sabía que no era posible, anheló sentirse también querida por ese hombre. Y cuando él se coló profundamente en su interior y lo sintió en toda su totalidad, los ojos se le llenaron de lágrimas. Alastair empezó a moverse, pero paró al darse cuenta de que Diane estaba llorando en silencio. Se quedó petrificado y la miró asustado.

—¿Qué ocurre? ¿Te he hecho daño?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Tantas sensaciones... —Se aferró a él y buscó sus labios—. Sigue. Por favor.

Alastair dudó, pero cuando ella se arqueó contra él buscándolo, cedió a sus deseos y se movió primero despacio, saliendo y entrando de ella hasta que el placer los dominó a los dos y aumentó el ritmo de las embestidas mientras ella hundía las manos en su pelo y gemía. Diane sintió un calor abrasador subiendo por su cuerpo hasta explotar en un orgasmo devastador que la dejó temblorosa. Él la siguió poco después con un gemido ronco.

Se quedaron en silencio y abrazándose.

Pasado un rato, Alastair se separó un poco. Apoyó un codo en el colchón, la miró y le limpió los restos de las lágrimas de las mejillas con gesto pensativo.

—¿Por qué llorabas, Diane?

—Por nada. Lloraba de felicidad.

Alastair no hizo más preguntas, a pesar de que no parecía convencido y ella lo agradeció y se acurrucó contra él, deseando con todas sus fuerzas que se quedase a dormir. Cerró los ojos cuando Alastair pareció ceder a su súplica silenciosa y le rodeó la cintura con una mano para acercarla más a él. Recostó la cabeza en su pecho e intentó no volver a echarse a llorar. Le había sido inevitable hacerlo minutos antes. Justo en el momento exacto en el que sintió su cuerpo unido al suyo. Justo cuando se dio cuenta de que había caído hasta el fondo sin remedio. Justo cuando comprendió que estaba enamorada de Alastair.

Aquel día, mientras desayunaban juntos en la terraza aprovechando que había salido el sol, Alastair pensó que, en realidad, la vida en el campo no era tan desagradable como había pensado en un primer momento. ¿Y si se estaba precipitando a la hora de vender la propiedad? Sin embargo, ya se había comprometido. Era demasiado tarde para echarse atrás.

—¿En qué piensas? —Quiso saber ella.

—En esta casa. ¿A ti qué te parece?

—¿A mí? Maravillosa. Además, como te dije cuando llegué, no es solo la casa, sino el entorno. Es perfecto. Parece que todo encaje y estemos en armonía con la naturaleza.

—Es una lástima que no sepa apreciarlo —dijo él.

—¿Cómo es posible? —Diane posó una mano sobre su brazo y Alastair se quedó mirando como sus dedos ejercían una leve presión—. Concéntrate. Escucha el susurro de los árboles meciéndose por el viento y el piar de los pájaros. ¿Puedes oler las flores del jardín? No me digas que no es un regalo para los sentidos. Ahora mismo, si cerrases los ojos y te concentrases, podrías escuchar incluso mi propio corazón. Eso jamás ocurriría en la ciudad —terció Diane orgullosa de sus certeras palabras.

Alastair la miró divertido y luego cerró los ojos para intentar hacerlo. No lo consiguió porque le costaba concentrarse sintiendo su presencia tan cerca, pero le gustó la idea de poder hacerlo. Después, mientras se terminaba su café, contempló el perfil de Diane, admirando sus labios mullidos, sus ojos avispados y su pequeña nariz. Llevaba el cabello recogido y algunos mechones le rozaban el cuello. Ese cuello que él deseaba besar, lamer y morder...

Se inclinó hacia ella para susurrarle.

—Deberíamos volver a la habitación. Aquí estamos perdiendo el tiempo. Hay muchas cosas que quiero enseñarte, ¿comprendes? Todas ellas escandalosas.

Diane se sonrojó de inmediato, pero le sonrió.

Y, en efecto, no tardaron en escabullirse para pasar el día entre las sábanas, pese a lo que los criados pudiesen comentar o las obligaciones sobre sus negocios que Alastair dejó para otro momento. Entonces solo podía pensar en tenerla en su cama desnuda y abierta de piernas, dispuesta para él. Quería enseñarle a darle placer y también hacerle una demostración de cuánto pensaba ofrecerle él. Había algo adictivo en ella, en el hecho de hundirse en su cuerpo cálido y disfrutar de su aroma embriagador y de su maravillosa boca. Si a Alastair le hubiesen preguntado de qué se trataba, no hubiese sido capaz de dar una respuesta. Había estado con numerosas mujeres, muchas de ellas tan bellas que dolía mirarlas, pero jamás se había sentido así, como si el único lugar donde quisiese estar fuese esa cama, con aquel cuerpo que irradiaba calor pegado al suyo. No tenía ganas de irse del campo, de volver al club, de atender su trabajo o de quedar con sus amigos. Lo único que deseaba era estar ahí.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó ella dos noches más tarde, cuando ambos estaban tumbados en la cama, desnudos y saciados después de hacer el amor.

—En nada importante —contestó él.

—Bien, así podrás contármelo.

Ella le sonrió y Alastair supo que no tenía escapatoria.

—Pensaba en lo mucho que me gusta estar aquí contigo —le dijo mientras le apartaba un mechón de cabello de la frente—. No deseo nada más en estos momentos.

—Es una lástima que todo lo bueno se acabe, ¿verdad?

—Supongo que sí. —Alastair suspiró largamente.

—Y hablando de ello, le he estado dando vueltas a mi futuro. Sé que nos queda poco tiempo aquí, no soy tan ignorante como para pensar lo contrario. —Diane se incorporó en la cama llevándose la sábana con ella para taparse como si, de repente, quisiese protegerse de él—. Así que he decidido que prefiero irme a Francia y descartar la opción de Italia. La razón es sencilla: está más cerca. Imagino que ya será un viaje lo suficientemente complicado como para añadir más kilómetros. Y necesitaría... bueno, algún vestido más de diario antes de partir, para poder cambiarme de muda. Yo... te devolveré el dinero... Te lo juro.

—Dios mío, Diane, cállate.

—Pero es que lo digo en serio.

—Ya lo sé. —Alastair la atrajo hacia sí y la besó para impedir que siguiese hablando. Por alguna razón misteriosa, no quería que lo hiciese, no podía seguir escuchando.

Llevaban días comiéndose a besos, regalándose caricias y placer. Compartían casi todo el día juntos. Por la mañana desayunaban en la terraza y luego solían salir a dar un paseo por los alrededores. Diane recogía un ramo de flores y él la miraba embelesado. A veces se sentaban cerca del arroyo a la hora de la comida y devoraban allí lo que la cocinera les había preparado en un cesto. Al caer la tarde, cuando anochecía, solían quedarse un rato en la biblioteca; en ocasiones él trabajaba y ella leía algún libro frente a la chimenea. Y después de una cena ligera, los dos se retiraban a la habitación y no se dormían hasta la madrugada.

Después de aquellos días compartidos, lo último que a Alastair le apetecía pensar era en la idea de que pronto ella se marcharía. Imaginársela en Francia perdida y sola le ponía los pelos de punta. Le daban ganas de irse hasta allí para buscarla y traerla de vuelta, lo que no tenía ningún sentido puesto que ni siquiera se había marchado todavía.

—Pero es que debemos hablarlo. No quiero deberte nada. Te lo devolveré todo, de verdad, aunque tarde años en hacerlo. Como te dije, deberás tener un poco paciencia...

—¿Podemos hablar de algo más alegre?

Diane lo miró y sonrió lentamente como una niña.

—¿Eso significa que te apena mi marcha después de todo? —bromeó mientras con una mano le acariciaba el pecho desnudo—. Sé que he sido un incordio para ti desde el momento en el que nos cruzamos en esa posada, así que supongo que me alegro.

Alastair la miró pensativo, contemplando su bonito rostro. Ojalá hubiese podido quedarse en esa habitación por toda la eternidad, con ella abrazada a su cuerpo.

—¿Qué otra opción hay?

—¿A qué te refieres?

—Sobre ti. ¿Existe alguna manera de que no tengas que marcharte a Francia? —Ni siquiera sabía por qué lo preguntaba, pero de repente necesitó aferrarse a una esperanza.

—Una remota. Que algún hombre quisiese casarse conmigo, algo del todo imposible. ¿Qué pobre infeliz querría enfrentarse a mi familia y a Darrel a cambio de nada?

Alastair sintió que se le aceleraba el corazón.

—Entonces soy un pobre infeliz, supongo.

—¿Qué?!

—Podrías casarte conmigo.

—Yo... —Ella tenía un nudo en la garganta tan grande que no podía articular palabra. Aquel hombre la miraba serio con sus penetrantes ojos, no estaba bromeando.

—Así podrías quedarte aquí y a mí no me importa enfrentarme a ellos, mi reputación ya no puede ser peor. Te daría libertad. Los dos la tendríamos. Tú y yo seríamos... amigos.

Diane procesó las palabras. Necesitó un largo minuto para hacerlo, mientras él esperaba con impaciencia una respuesta. Ahí estaba: la compasión flotando en el aire. Alastair sentía pena por ella, como si fuese un animalillo indefenso y necesitado de afecto. Si aquel increíble hombre le hubiese pedido matrimonio porque sentía algo por ella, Diane habría gritado y llorado de emoción antes de lanzarse a sus brazos sin ningún reparo.

Pero no había sido así.

Alastair no la amaba.

Pese a ello, era un hombre noble y maravilloso que estaba dispuesto a complicarse más la vida a cambio de hacer la suya más fácil. Pero Diane no podía aceptarlo. En primer lugar, porque él no merecía tener que sacrificarse así por ella. Y, en segundo lugar, porque ella sí que lo amaba. Se había quedado prendada de su mirada abrasadora, de su altruismo y su ternura, de su generosidad y de ese lado lleno de luz que no parecía querer mostrar delante de todo el mundo. Por ello, sabía que no podría soportar un matrimonio junto a él, incluso aunque sacrificase su libertad. Tarde o temprano, Alastair se cansaría de ella. Seguirían siendo amigos, se tratarían con amabilidad, pero él continuaría con su vida en la ciudad y buscaría otra amante. A ella se le rompería el corazón. Sabía que no podría soportarlo.

—Lo siento, pero no puedo —susurró.

Alastair tardó en procesar sus palabras.

—¿No puedes casarte conmigo?

—Perdóname —insistió.

—¿Comprendes lo que te estoy regalando? Tu libertad. —La miró fijamente a los ojos intentando comprenderla—. Yo nunca te haría daño, Diane. Pensaba que eso había quedado claro entre nosotros —añadió, incapaz de entender lo que ocurría.

—Lo sé, no es por eso. Es solo que no es justo para ti. Y probablemente a mí me venga bien empezar de cero en otro lugar, lejos de aquí, de todo lo que conozco.

Alastair se mordió el labio con gesto entre irritado y pensativo. Después, bajo la mirada atenta de Diane, se incorporó y empezó a buscar su ropa.

—¿Te marchas? —preguntó ella desolada.

—He recordado que tengo que hacer unos papeles...

—Alastair, quédate. Por favor —le rogó con lágrimas en los ojos, sintiéndose terriblemente mal por lo que estaba haciendo. Ese hombre no se lo merecía.

—No creo que acabe pronto. Será mejor que descanses.

Y después salió de la habitación y la dejó a solas con su tristeza.

Diane se hizo un ovillo en la cama. Una fuerza poderosa, ansiosa, había tirado de ella cuando lo había escuchado formularle esa pregunta. Aun en esos momentos tenía que frenar el impulso que sentía por las ganas de ir tras él y aceptar su oferta. Le estaba ofreciendo una solución a su problema. Y no solo eso, sino también comodidades, pues Alastair poseía una fortuna, como la posibilidad de vivir en una gran casa bonita, con un servicio a su mando y todos los vestidos

preciosos que pudiese desear. Asistiría a bailes cogida de su brazo y en las fiestas se sentiría dichosa por ser su mujer. Pero, pese a todo, su corazón seguiría anhelando que la amase. Y eso nunca ocurriría. Alastair era un buen hombre, sí, pero no parecía dispuesto a abrir su alma ante nadie. En el fondo, era solitario y reservado.

Diane suspiró, se levantó y se acercó a la chimenea.

Contempló ensimismada las llamas ondulándose y echó de menos tener su presencia cerca. Algunas noches, él la abrazaba por detrás cuando se calentaban frente al fuego y ella se estremecía al sentir su aliento cálido en la nuca, tan cerca.

La noche era cerrada y la luna menguante apenas iluminaba el cielo. Diane fue consciente entonces, todavía con las mejillas llenas de lágrimas, de que no podía tardar mucho en marcharse. Su cuerpo y su corazón ansiaban quedarse allí para siempre junto a ese hombre, pero su cabeza le gritaba que si lo hacía puede que nunca pudiese recuperarse de aquello.

Alastair decidió ocuparse él mismo de actualizar el libro de cuentas para mantenerse ocupado y no volverse loco. Ya le diría al gestor cuando llegase a la ciudad que lo dejase todo en sus manos. Llevaba casi un día entero encerrado en su despacho, trabajando. Los números siempre se le habían dado bien y, además, le gustaban. Cuando se trataba de números no había dudas ni zonas grises, los números eran blanco o negro. Alastair era también un poco así en su vida y a la hora de tomar decisiones. No le gustaba vacilar, sino tener las cosas claras.

Aunque, si era sincero consigo mismo, debía admitir que pedirle matrimonio a lady Diane Brenton no había sido algo meditado. Sin embargo, la idea de que se marchase a Francia y no volver a verla lo atormentaba de tal manera durante los últimos meses, que la solución le había parecido plausible. Era cierto que él nunca había deseado casarse y no entraba en sus planes, pero, visto en perspectiva, podía ser un trato ventajoso. A Alastair le traía sin cuidado empeorar su fama en la ciudad o enfrentarse a quien fuese necesario. Y, por otra parte, contraer matrimonio con Diane no le parecía en absoluto desagradable. Si se hubiese tratado de cualquier otra mujer, no pensaría lo mismo. Pero ella era... deliciosa. Su compañía le resultaba divertida y un soplo de aire fresco. Quizás incluso podría tener descendencia y, aunque no era algo que hubiese anhelado, de repente le parecía buena idea. A cambio, él le ofrecería riquezas, protección y su lealtad.

Sin embargo, ella lo había rechazado...

Diane prefería marcharse sola a un país desconocido, aprender un oficio o buscar la manera de sobrevivir con tal de no permanecer a su lado. Alastair jamás se había sentido tan humillado y herido. ¿Tanto le desagradaba su presencia? ¿Tan horrible le resultaba la perspectiva de casarse con él? No parecía pensar lo mismo cuando la tenía entre las sábanas y recorría con su boca todo su cuerpo hasta memorizarse cada marca y lunar.

Dio un golpe en la mesa y se levantó.

Estaba furioso. Furioso y muy dolido.

Unos golpes sonaron en la puerta y él rezó para que no fuese ella, que hasta el momento había decidido respetar su espacio y mantenerse alejada, porque lo último que le apetecía era verla en esos momentos, aunque, muy en el fondo, la echaba de menos. Había dormido terriblemente mal las últimas dos noches sin tener su cuerpo al lado.

—Pasa —dijo, deseando que fuese un criado.

Pero, por supuesto, sus deseos no fueron atendidos.

Diane entró en la biblioteca con pasos inseguros. No tenía muy buena cara, aunque estaba tan hermosa como él la recordaba, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Llevaba puesta su capa, así que Alastair dedujo que acabaría de llegar de dar ese paseo matinal que antes compartía con él y que le había empezado a resultar agradable. El campo, pese a lo que había pensado tiempo atrás, resultaba relajante y reconfortante.

—¿Qué deseas? —preguntó él bruscamente.

—Yo... Yo solo quería... hablar...

—No tengo mucho tiempo.

—Alastair, por favor.

Diane se acercó hasta él y lo cogió del brazo. El gesto lo desconcentró. Quería seguir manteniéndose frío e impasible frente a ella, pero no podría hacerlo si lo tocaba.

—¿De qué quieres hablar? —cedió.

—Ya lo sabes. Lo que ocurrió el otro día... —Se mordió el labio inferior de una manera tan deliciosa que él tuvo que hacer un esfuerzo para no inclinarse y besarla allí mismo, sin importarle nada—. No quiero que cambie nuestra relación. Yo... te aprecio.

Le apreciaba. A él no le gustó tener que conformarse con algo tan banal. Apremiar era una palabra mediocre. Podías apreciar a tu sastre, a la cocinera o al lacayo.

—Solo dime una cosa —inquirió él—. Sé que tengo cierta fama en la ciudad, sé que no soy el pretendiente perfecto entre las damas, pero ¿tan horrible te resulta la idea de casarte conmigo para que estés dispuesta a vivir miserablemente en el extranjero?

Diane tragó saliva con los ojos húmedos, como si estuviese a punto de llorar. Alastair le aguantó la mirada, esperando una contestación por su parte, aunque en realidad lo único que deseaba era rodearla con sus brazos, besarla hasta dejarla sin aliento y desnudarla. Podría hacerle el amor sobre la mesa de su despacho, así siempre recordaría ese tórrido momento antes de ponerse a trabajar. O en el suelo, sobre la alfombra de pelo grueso.

—No es que lo prefiera, es que...

—Creo que me merezco una respuesta.

—Es que... Yo... Nosotros... —titubeó vacilante, pero cuando vio que él se alejaba de ella, las palabras salieron de golpe, incontenibles—. Te amo.

—¿Qué?

Alastair se giró hacia ella y la miró horrorizado. Una mueca mal disimulada cruzó su semblante y a Diane se le llenaron los ojos de lágrimas. No sabía por qué lo había dicho, no era su intención, pero ahí estaba. La cruda realidad. Y su cruda respuesta. No hacía falta que contestase con palabras para que el corazón de Diane se rompiera en mil pedazos, era evidente que parecía tan sorprendido como si le hubiese dicho que acababa de ver a un cerdo volando pasar por la ventana. Sus labios estaban apretados, sus hombros tensos y no paraba de pasarse una mano por el pelo mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Ella se quedó paralizada en medio de la estancia, aceptando con valentía sus sentimientos mientras él le daba la espalda y abría el aparador para buscar un trago.

—Lo siento... —balbuceó Diane—. No sé cómo ocurrió, pero pasó.

—Por todos los demonios. —Alastair dio un trago largo.

—Así que no puedo casarme contigo. Sé lo mucho que sufriría. Puede que al principio fuésemos felices durante un tiempo, pero luego tú volverías a llevar la misma vida de siempre y yo me consumiría al verte hacerlo. Probablemente acabaríamos viviendo separados, tú en la ciudad y yo en el campo, criando a tus hijos. Y no quiero eso.

—Diane, ¿cómo es posible...?

—¿Que me enamorase de ti?

—Debes de estar confundida.

—En absoluto. La pregunta es, ¿cómo no iba a hacerlo? Eres honesto, protector y bueno. También valiente, paciente y encantador cuando te lo propones...

A Alastair le latía el corazón tan rápido que apenas podía pensar. Tenía delante a una joven hermosa que aseguraba amarle, pero él no se sentía merecedor de algo así. ¿Cómo era posible? Nadie hasta el momento le había dicho nada semejante. A él no lo había amado su padre, del que no supo nada hasta entrada la adolescencia, ni tampoco su madre, que suficientes problemas tenía

con su propia vida como para ocuparse adecuadamente de él. Siempre había estado solo. Y se había acostumbrado tanto a ese estilo de vida que tenía la sensación de que ya no podría ni sabría vivir de otra manera.

Y, pese a todo, sus palabras habían anidado en su pecho. Dio un paso al frente, dubitativo como un niño pequeño, anhelando estrecharla entre sus brazos...

Pero entonces el hechizo se rompió.

Diane tradujo su silencio y sacudió la cabeza, todavía llorando. Lo miró una última vez de una forma tan directa y desnuda que Alastair se estremeció.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí, de verdad. Solo quería que entendieses por qué no podía casarme contigo. Es por mí. Por mi corazón.

Después, salió de la biblioteca y la habitación se quedó vacía y en silencio, igual que el alma de Alastair. Él dio un paso al frente, pensando en ir tras ella, pero no lo hizo porque estaba paralizado, todavía asimilando sus palabras. Unas palabras que lo cambiaban todo.

Se sirvió otra copa. Le temblaba la mano de los nervios.

Se había enfrentado a lo largo de su vida a todo tipo de situaciones complicadas. Había sobrevivido en las calles, había luchado en combates cuerpo a cuerpo a cambio de dinero, había aprendido a triunfar en los negocios y a saber invertir, había conseguido con sus propias manos todo aquello que poseía en esos momentos. Pero nunca había tenido que verse involucrado en ningún dilema emocional. Su vida había sido apacible, sin sobresaltos. Él siempre había sido muy claro con sus conquistas, aunque tampoco se había tomado con ellas la libertad que con Diane. No las había llevado a pasear por el campo ni había compartido cenas o se había quedado a dormir en sus camas. Se limitaba a disfrutar del sexo y de un rato divertido antes de retirarse sin más preámbulos.

Por eso en esos momentos estaba perdido. Completamente.

Ella lo amaba. Lo amaba. Eso había dicho...

¿Y él...? En el fondo de su corazón, sentía una emoción incontenible, un sentimiento tan poderoso que parecía querer escapar y salir de golpe, pero él llevaba días esforzándose por no dejarle hacerlo. Y de repente salió como una revelación, sin avisar. Una certeza que se adueñó de todo su ser. La certeza de que sentía algo por Diane. ¿Qué otra cosa podría explicar que se muriese al pensar en la idea de verla marchar o de casarse con otro? ¿Qué otra explicación tenía que la echase tanto de menos y solo pudiese pensar en consolarla?

Se había enamorado de ella sin saberlo.

De algún modo retorcido, Diane le había gustado desde el primer momento, cuando la encontró en aquella noche de tormenta, y había sido incapaz de dejarla marchar a su suerte. Había necesitado protegerla, darle cobijo, confianza y seguridad. Y con el paso de las semanas, necesitaba aún más. Ahora quería darle también amor, un futuro junto a él.

Si la única razón que tenía para no querer casarse era que temía que Alastair le rompiera el corazón, él se encargaría de hacerle entender que eso no iba a suceder. Mientras la tuviese cerca, no necesitaría nada más. Le bastaba con todo lo que ella le daba.

Salió de la biblioteca a toda prisa. Bajó los escalones y se cruzó con la ama de llaves que estaba en el salón regañando a una criada por colocar mal la vajilla.

—¿Has visto a lady Diane? —le preguntó ansioso.

—Salió hace quince minutos hacia los establos.

Alastair asintió con la cabeza y le dio las gracias antes de seguir sus pasos. Dejó atrás la casa y el aire de la mañana le revolvió el cabello oscuro. Se acercó hacia los establos caminando todo

lo rápido que pudo. ¿Qué le diría cuando la viese? Probablemente nada, quizás las palabras sobraban en ese momento, lo único que deseaba era abrazarla y besarla. Un beso sería suficiente para que Diane comprendiese cuándo la quería y el futuro que podrían tener juntos si ella le daba otra oportunidad.

Pero cuando llegó a los establos, no la encontró. Contrariado, Alastair bajó por el camino que solían recorrer juntos y fue hasta el arroyo, pero allí tampoco había rastro de Diane. Volvió sobre sus pasos y le preguntó a uno de sus trabajadores.

—¿Has visto a Diane esta mañana?

—Salió a primera hora, sí. Y después la vi ir hacia los establos un poco más tarde. Debe de seguir allí, porque no la he visto salir hacia la casa.

—No está allí. ¿Adónde puede haber ido?

—Por la dirección contraria tan solo se llega hasta el camino que conduce al pueblo, no creo que la señorita haya decidido irse dando un paseo hasta allí...

En ese momento, Alastair sintió un escalofrío. No, ella nunca habría decidido irse al pueblo dando un paseo, ni siquiera al estar tan enfadada y dolida con él. Sabía lo peligroso que era cuando todos la buscaban. Nunca se habría alejado por voluntad propia de la propiedad. Pero ¿y si no lo había hecho por sí misma? ¿Y si alguien había accedido por aquel camino, la había encontrado en los establos y se la había llevado?

Alastair notó un nudo de angustia en la garganta.

—Acompáñeme a los establos —le pidió.

Fue hacia allí seguido por el hombre, que parecía confuso cuando Alastair se inclinó y empezó a fijarse en las pisadas y en el trecho que conducía hacia el camino.

—¿Qué está buscando, señor? —le preguntó.

—¿Ve estas marcas de aquí? —Señaló unas señales de tierra hundida en el camino arenoso—. Ojalá me equivocase, pero me temo que la han secuestrado.

Diane pateó, gritó y forcejó todo lo que pudo hasta que el cansancio venció. No conocía a aquel hombre que tenía los dientes amarillentos y una cara malhumorada y con la piel picada. Estaba atada de pies y manos, dentro de un carruaje. Llevaba horas allí metida. Al principio, cuando ese hombre había aparecido en los establos, la había amordazado y se la había llevado a la fuerza, había intentado resistirse y luchar todo lo posible. Pero conforme el tiempo fue pasando se sintió vencer, como si la energía la abandonase y la tristeza ganase la batalla. Y no era solo porque por lo visto su padre y su prometido habían conseguido su propósito y por fin la tenían a su merced, sino porque, al menos le hubiese gustado llevarse un último recuerdo bello de Alastair. En cambio, el día anterior habían estado separados y enfadados, casi sin dirigirse la palabra. Y lo último que habían hablado entre ellos, esa conversación en la biblioteca... había sido devastadora.

La prueba de que él jamás podría amarla.

El traqueteo era incómodo, pero se volvió más suave conforme llegaron a la ciudad. Fueron numerosas horas sin descanso, con tan solo una parada en una pensión para que pudiese ir al servicio. El hombre le ofreció agua, pero no comida. A Diane le dio igual. De repente, ya todo había dejado de importarle, como si se hubiese convertido en una marioneta. Estaba cansada de luchar. Si su destino tenía que ser aquel, tener una vida desgraciada, que así fuese. Ya no podía hacer nada más por evitarlo.

Había escapado por su ventana con lo puesto, había mentido, había sufrido durante todos aquellos días... ¿Y todo para qué? Volvía a estar como al comienzo, solo que ahora, además, tenía el corazón hecho pedazos. Suponía que debía alegrarse pese a todo de haberse cruzado con Alastair. Al menos sabía lo que era el amor y sentirse conectada a otra persona entre besos y caricias. Estaba agradecida por ello. Otras mujeres no lo descubrían nunca.

Cuando el carruaje se paró, el hombre la bajó sin demasiado cuidado. Diane alzó la vista sintiendo una incómoda sensación en el estómago. Allí estaba. La imponente casa de la que había huido semanas atrás. Las puertas se abrieron de golpe y su padre salió acompañado por dos doncellas, que parecían no saber cómo reaccionar ante la situación.

—Llevarla a su habitación —les ordenó—. Y cerrad con llave.

Cada mujer la cogió de un brazo y la obligaron a caminar, aunque seguía teniendo las manos atadas. Qué ironía. Estaba presa en su propia casa, esa donde había crecido. Las doncellas la dejaron dentro, una de ellas se molestó incluso en retocarle el peinado con las manos temblorosas, como si se apenase por ella. Después, la dejaron a solas.

Diane se frotó las muñecas doloridas tras tantas horas atadas. Se acercó a la ventana y comprobó que estaba cerrada con llave. Miró a su alrededor sintiéndose una intrusa en ese dormitorio donde había pasado tantos días y noches. Se acercó a su antigua mesilla de noche y abrió el primer cajón para sacar una fotografía de su madre. Se le llenaron los ojos de lágrimas, a pesar de que pensaba que ya no le quedaban más por derramar. ¡Qué diferente hubiese sido todo si ella no hubiese muerto de forma tan injusta y temprana! Su padre no habría enloquecido y su madre jamás le había permitido casarla con ese monstruo.

Después se tumbó en la cama y dejó que volviesen los recuerdos de los que habían sido los días más apacibles de su vida. Allí, en esa casa de campo con Alastair, había sido feliz. No había echado nada en falta, porque él le daba todo lo que ella podía necesitar.

Un rato más tarde, escuchó la cerradura de la puerta girando y su padre entró en el dormitorio. Tenía una mirada iracunda y su boca en un rictus tenso no auguraba nada bueno.

—Levántate —le ordenó.

Diane obedeció y se puso en pie. Fue hasta donde estaba él y se quedó delante, mirándolo con una mezcla de rabia, pena y rencor. Si hubiese tenido un padre que la protegiese, uno que tuviese en cuenta sus sentimientos y su bienestar, nada de eso habría ocurrido. Ella nunca hubiese huido y ahora no se sentiría tan sola.

Antes de que tuviese tiempo de decir nada, él alzó una mano y le golpeó la mejilla con fuerza. El chasquido del golpe resonó en la habitación y Diane se llevó una mano allí con los ojos llenos de lágrimas. Un odio inmenso creció en su interior.

—¿Cómo te atreves a ensuciar el apellido de esta familia?

—No quería... no podía casarme con él... —sollozó.

—Harás lo que es debido, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Pero... por favor...

—No me hagas volver a golpearte.

Diane lo miró llena de ira y dolor.

—Quizá te interese saber que ya estoy arruinada...

Su padre abrió los ojos más cuando comprendió qué era lo que su hija quería decir y una cólera salvaje atravesó su rostro antes de que volviese a golpearle la mejilla. Lo hizo hasta que Diane se llevó las manos a la cara intentando protegerse y acabó en un rincón de la habitación. Él la miró una última vez desde arriba y luego estiró la espalda.

—Te casarás con él pasado mañana.

Después, salió y la dejó a solas con su tristeza.

Diane no pegó ojo ni comió durante el día siguiente. Tenía el estómago completamente cerrado y, cuando dormía, unas pesadillas horribles la asaltaban de repente. Unas en las que era la esposa de Darell y él hacía con ella lo que le venía en gana, casi todas cosas terribles y humillantes. Sabía que, en cuanto pasase a ser de su propiedad, ella dejaría de ser libre. No quería ni imaginar cómo iba a ser el resto de su vida.

Esa mañana, muy a su pesar, las doncellas llegaron puntuales. La obligaron a bañarse y la vistieron para su inminente boda. Era un atuendo sencillo que, por supuesto, no había elegido ella. Luego la peinaron recogándole el cabello y colocándole pequeñas perlas en el pelo. Diane apenas quería ni mirarse al espejo que tenía enfrente. Pensó en lo diferente que hubiese sido aquel momento si el hombre con el que se casase fuese otro. Como Alastair. Entonces ella estaría llena de dicha, radiante, deseando que él la viese aparecer.

Cuando estuvo lista, su padre y sus hermanos se encargaron de escoltarla hasta el carruaje. Ella pensó en si tendría alguna posibilidad de escapar, pero no era posible. Su hermano mayor estaba sentado delante de ella, mirándose sus lustrados zapatos. George siempre había sido práctico y frío, pero ella no pensó que llegaría a ese extremo.

—Por favor, ayúdame a escapar. No dejes que me casen con él.

—Diane, ¿eres consciente de que te estás comportando como una niña caprichosa? Es una

práctica común los matrimonios concertados, no eres ni la primera ni la última chica que formaliza así su unión. Y Darell es un buen tipo, solo tienes que darle una oportunidad...

—No es un buen hombre. Cuando nos vimos, me cogió del cuello y...

—Algo habrías hecho para que te tratase así.

—Pero, George, te lo ruego...

—Necesitamos el dinero.

Eso fue todo. Diane sabía que era la razón principal. Su hermano hasta tuvo la decencia de dirigirle una mirada apenada. Pero era evidente que no la ayudaría. Nadie lo haría. Estaba condenada. Cada minuto dentro del carruaje fue eterno. Cuando llegaron a una pequeña iglesia apartada, elegida a propósito por ser poco transitada, George la cogió del brazo y la instó a bajar, pese a que ella intentó resistirse.

Su padre y sus otros hermanos bajaron del carruaje que seguía el suyo. Todos se habían vestido para la ocasión, pero parecían tener prisa por cerrar aquel trato y cobrar su parte, o eso imaginaba ella. Su padre la acompañó hasta la puerta y entraron en la iglesia.

Apenas había invitados. Aquel no era un encuentro agradable para nadie ni había nada que celebrar. Tan solo era una transacción. Darell obtendría lo que quería: un apellido para sus descendientes, el honor de emparejarse con una de las familias más famosas de Londres. Su padre y sus hermanos también conseguirían el dinero que tanto les hacía falta después de derrochar el suyo en negocios que habían sido un fracaso y lujos innecesarios.

Cuando tuvo delante a Darell le empezaron a sudar las palmas de las manos. Él la miró y le dirigió una mirada desdeñosa y triunfal. Diane sintió un escalofrío. Sabía lo que ocurriría en cuanto estuviese a solas con él. Le esperaba un castigo violento y brutal. Se encogió sobre sí misma mientras la boda daba comienzo, deseando tener algún poder especial para cerrar los ojos y desaparecer de allí. Cualquiera otro lugar le parecía aceptable.

Pero, de repente, las puertas se abrieron de golpe.

Diane se giró y pensó que estaba teniendo una alucinación, porque él estaba allí, caminando por el pasillo que conducía hacia ella. Alastair. Todo él parecía peligroso en esos momentos, como un felino que lleva semanas sin probar la carne. Su mirada iracunda brillaba, su cuerpo se movía como si tuviese claro el objetivo, sus músculos estaban en alerta.

—¿Quién demonios...? —comenzó a decir el padre de Diane, pero él lo interrumpió alzando una mano y sin importarle que fuese un maldito duque.

—Alastair Miller.

—No has sido invitado.

—Lo sé. No vengo a la boda. En realidad, vengo a llevarme a mi futura esposa. Es esa de ahí, la que está vestida para casarse. Tan radiante como siempre, por cierto.

—Largo de aquí —masculló George.

—¿Qué me harás si no? —Alastair lo miró burlón, le sacaba más de una cabeza al hermano de Diane, y no solo eso, sino que su cuerpo era mucho más musculoso y ágil.

—Será mejor que no busques problemas con nosotros, Miller.

—Me temo que ya los tenemos. Como he dicho, esa joven de ahí va a ser mi esposa. De modo que tenemos aquí un conflicto de intereses. Es evidente. Diane, ven.

—No te muevas de ahí, Diane —le ordenó su padre.

Pero, por supuesto, a Diane le faltó tiempo para intentar correr hacia él. Porque se quedó en eso, en un intento. Antes de que pudiese dar más de tres pasos, Darell la retuvo cogiéndola del cuello y asiéndola con fuerza. Sacó una navaja de su bolsillo y se la puso en el cuello. Diane cerró

los ojos para no dejarse llevar por el miedo.

—Suéltala. —Alastair apretó los dientes.

—Lo haré si te marchas y nos dejas continuar.

—Cálmate —le pidió el duque y, por primera vez, al mirar a su futuro yerno, pareció mínimamente asustado por la seguridad de su hija pequeña.

—No voy a calmarme. Terminemos con esto.

—No. Lo haremos de una manera justa —dijo Alastair—. Con un duelo al amanecer.

Darell se debatió porque sabía que un hombre no debería rechazar algo así. No solo estaba en juego aquello, sino su honor, su palabra y, sobre todo lo demás, el orgullo. Sus dientes casi rechinaron mientras mantenía la hoja del cuchillo rozando el cuello de Diane.

—Está bien. Mañana. Lo haremos así.

La soltó de golpe. Diane tosió y luego sintió las manos de Alastair en sus mejillas, acunándola. Dejó caer la cabeza sobre el pecho de él y respiró al fin.

—¿Estás bien? Mírame, Diane.

—No deberías haber hecho esto —le dijo con los ojos llenos de lágrimas—. No soportaré vivir si te matan. No podré hacerlo sabiendo que tú no estás.

—Era la única manera...

—Suelta a mi hija —exigió su padre.

—No lo haré. Y exijo que, hasta que mañana se decida su futuro, pueda quedarse en terreno neutral. Puede pasar la noche en un hotel acompañada de su doncella.

—De ninguna manera —protestó.

—No es una sugerencia —terció Alastair.

—Bien, no me importa lo que haga ella —intervino Darell, al que tan solo le importaba aquel apellido y su orgullo. Ya se imaginaba alardeando delante de toda la ciudad al decir que había acabado con el gran Alastair Miller. Aquello casi había sido un regalo.

No podía dormir. La luna brillaba en lo alto del cielo y había un montón de estrellas, aunque no tantas como durante las noches en el campo. Diane suspiró, todavía con los nervios a flor de piel. ¿Y si aquellas eran las últimas horas en las que Alastair estaba sobre la faz de la tierra? ¿Y si después de aquel amanecer su cuerpo yacía sin vida? Ella no podría soportarlo. El mero hecho de pensarlo la dejaba sin aire y le encogía el corazón.

Ojalá hubiese podido decirle unas palabras... algo...

Pero su padre la había separado de él de un tirón, aunque cumplió su promesa de que podría quedarse en terreno neutral junto a su doncella, que estaba apostada en la puerta.

Justo entonces, escuchó unos leves golpes.

Se preguntó preguntándose qué querría.

—Abre. Soy yo —dijo una voz ronca.

A Diane se le aceleró el pulso. Abrió la puerta y se quedó sin aliento al ver a Alastair allí, tan atractivo y magnífico como siempre, mirándola con una sonrisa canalla. Se lanzó a sus brazos y escondió la cabeza en su pecho. Respiró su aroma delicioso.

—¿Y la doncella? ¿Dónde...?

—Le he pagado. No diré nada.

Alastair la cogió por las mejillas y cubrió su boca con la suya, besándola apasionada e intensamente como si su aliento fuese el oxígeno que necesitaba. Estaba ávido de sus besos, ansioso por sentir de nuevo la calidez de su cuerpo. La acarició por todas partes mientras ella respondía a aquel beso con la misma devoción, dejándose llevar y jadeando.

Cayeron en la cama. Él le apartó el pelo del rostro.

—No deberías haber acordado ese duelo.

—Es la única manera de que esto termine para siempre. Ganaré, te dejarán en paz y al fin serás libre. Y entonces, Diane, te convertirás en mi mujer.

—¿De verdad lo deseas? —Ella dudó.

—Demonios, sí. Cuando te marchaste de la biblioteca quería decírtelo... —dijo mientras le desabrochaba el vestido—. Quería decirte que sentía lo mismo que tú, que quería pasar el resto de mi vida a tu lado. Y cuando fui a los establos a buscarte y vi que no estabas y que te habían raptado... no te haces una idea de cómo me sentí.

—Quiero saberlo —dijo besándolo.

—Furioso. Capaz de matar al hombre que te hubiese hecho eso. Estaba tan cabreado que casi agradecí el viaje hasta la ciudad, porque de haber tenido cerca a tu familia y a ese hombre... no quisieras saber qué podría haber llegado a hacer.

—Alastair. —Enredó los dedos en su cabello.

—Y cuando vi que ese malnacido te amenazaba con una navaja, pensé... Dios mío, pensé que me moriría si te hacía algo. Solo se me ocurrió ir a por su orgullo. Sabía que no podría negarse. —Consiguió quitarle el vestido y su propia ropa—. He sido un idiota por no darme cuenta antes de lo mucho que me importabas, de cuánto te necesitaba...

Diane sintió ganas de llorar cuando él la penetró lentamente mientras la miraba a los ojos,

como si no quisiese perderse ni un solo detalle. Tenía la mirada nublada y el corazón desbocado conforme lo notaba colándose en su interior. Deseaba que aquella noche fuese eterna y no terminase jamás. Le abrazó rodeándole el cuello con los brazos.

—Te amo —le susurró al oído.

Alastair se movió con más fuerza, colmándola de placer y caricias hasta que ella no pudo más y terminó en un grito al que él le siguió poco después. Sin embargo, no se separaron, se quedaron abrazados y sin moverse. Él se fijó entonces en unas pequeñas marcas en el mentón de la joven y pasó los dedos por su pálida piel con la frente arrugada.

—¿Qué son estas marcas?

—Oh, no es nada, solo...

—¿Te han pegado? —No hizo falta que ella contestase, la tristeza que encontró en sus ojos fue suficiente para que él supiese que sí—. Acabaré con todos. Te lo juro. Haré que se arrepientan de cada jodida cosa que te han hecho. Y nunca volverán a hacerte daño.

—No podría soportar que te matasen.

—No lo harán. —Él la besó, pero luego se puso serio y la miró fijamente a los ojos tras apartarle el pelo de la frente—. Sin embargo, escúchame. Si ocurriese, si por alguna de aquellas no lograra ganar...

—No lo digas, por favor.

—Lo he dejado todo preparado para que te marches a Francia. Un hombre de mi confianza te acompañaría y una vez allí dispondrías de toda mi fortuna. Podrías vivir tranquilamente durante el resto de tus días, ¿me has entendido?

—No. No quiero entenderte.

Alastair le limpió las lágrimas con una sonrisa cargada de tristeza. Diane no quería escuchar, pero había sido inevitable que él buscara cubrirse las espaldas y un plan alternativo por si finalmente la mala suerte estaba de su parte.

—Ojalá nunca amaneciese —le dijo ella.

Alastair se tumbó a su lado y la abrazó. Después permanecieron en silencio durante mucho rato, hasta que él fue consciente de que, si quería tener alguna posibilidad de vencer, debía descansar. Finalmente, consiguió cerrar los ojos y dormir un poco.

Cuando llegó el amanecer, Diane pensó que era el más triste de toda su vida. Siempre le había gustado contemplar al sol saliendo tras el horizonte, pero en esos momentos lo único que deseaba era lo contrario, que la noche fuese eterna y la oscuridad sumiese la ciudad.

Al abrir los ojos, Alastair ya no estaba.

Ella se puso en pie de inmediato, con los nervios a flor de piel y se vistió a toda prisa sintiendo aún los dedos de él en su cuerpo, como si rememorase las caricias compartidas durante la noche que habían pasado juntos. Una vez estuvo lista, salió y se encontró a la doncella en la puerta. La mujer le devolvió una sonrisa triste, como si la entendiese.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé, señorita.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede ser el duelo?

—Alguna... —comentó—. Es probable que mi hijo lo sepa.

—Por favor, hable con él. Necesito ir a verlo.

Esperó con impaciencia hasta que la doncella regresó poco después. Alquilaron uno de los

carruajes del hotel y se marcharon hacia lo alto de una colina que no estaba muy lejos. Diane supo que no se había equivocado de dirección cuando vio a la gente congregada allí a pesar de las horas que eran. La oscuridad y la niebla apenas estaban rotas por algunos rayos de luz que sobresalían a lo lejos. Diane vio a Alastair a un lado, en campo abierto, con la vista fija en el cielo. Deseó correr hacia él y abrazarlo, volver a repetirle que lo amaba y que todo saldría bien, pero entonces alguien comentó que el duelo estaba a punto de empezar.

—¿Estáis listos? —preguntó un hombre con un poblado bigote. Los otros dos asintieron a la vez—. Bien, en ese caso, comienza la cuenta atrás. Uno, dos, tres...

La gente contenía el aliento alrededor. A Diane le latía tan rápido el corazón que se dijo que todo el mundo podría escucharlo. En apenas unos segundos Alastair podría estar muerto y ella jamás se perdonaría que aquello hubiese ocurrido por su culpa, después de todo lo que él había hecho por ella, de las veces que la había salvado del desastre...

—Cuatro, cinco, seis...

Se llevó las manos a la boca.

—Siete, ocho, nueve... ¡Y diez!

Los dos se giraron a la vez. O eso fue lo que ella vio. Después se escucharon dos disparos. Miró a Alastair. Tan alto y rudo, con sus ojos fijos en ella justo un instante antes de que se desplomase sobre la hierba cubierta del rocío de la noche.

Diane gritó. Todo se volvió gris a su alrededor.

Sin embargo, sus piernas respondieron y corrió desesperada hasta el centro del claro donde yacía su cuerpo. Se arrodilló a su lado. Las lágrimas le impedían ver bien del todo, pero Alastair tenía los ojos abiertos y clavados en ella. Fue entonces cuando Diane se dio cuenta de que la sangre manaba de su hombro derecho. Apartó nerviosa y desesperada las capas de ropa de su torso para cerciorarse de que no había ninguna herida.

—Lo logré —jadeó él—. Ya está.

—Dios mío, Alastair...

Diane miró a su espalda y por fin comprendió que los dos habían disparado a la vez. Pero Darell no había tenido tanta suerte, el tiro de Alastair había sido certero, y el cuerpo de su contrincante yacía sin vida mientras un médico certificaba la hora de su muerte.

—Estás bien, estás bien —repitió ella incrédula.

—Dime una cosa, Diane. ¿Te casarás ahora conmigo?

Ella prorrumpió en una carcajada mientras seguía llorando.

—Dios, sí. Mil veces sí.

El médico se arrodilló junto a ellos y presionó la herida para evitar que la sangre siguiese fluyendo. Diane se quedó mirándolo con adoración mientras lo curaban y, más tarde, lo ayudaban a ponerse en pie. Y supo entonces, contemplando a ese hombre, que iba a ser la mujer más afortunada del mundo teniendo la oportunidad de pasar la vida a su lado.

Epílogo

Diane sonrió como una niña mientras bajaba por el empinado camino con un vestido nuevo y un sombrero que se había comprado en la ciudad semanas atrás. Alastair la seguía con una media sonrisa y el pequeño sobre sus hombros jaleándolo para que fuese más rápido. Charlie había nacido unos meses después de la boda que celebraron, confirmando que ella se había quedado encinta durante las semanas que compartieron en esa misma casa donde ahora estaban pasando las vacaciones de verano y que nunca llegaron a vender.

Cuando llegaron al arroyo, se sentaron cerca sobre la hierba mojada. Charlie, a sus dos años, se alejó de ellos unos metros para jugar con unas cuantas ramitas y piedras que encontró y empezó a tirar al agua. Alastair lo miró embelesado. No era común que los hombres estuviesen tan pendientes de sus hijos, pero él lo había estado desde que el pequeño nació. No le importaba no dormir por las noches o incluso tener que alimentarlo, algo casi inaudito. Alastair casi disfrutaba de los pequeños quehaceres del hogar. Y Diane sabía al mirarlo que había tenido una suerte inmensa al cruzarse con él bajo aquella tormenta.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él.

—En ti. En nosotros. En la suerte que tengo.

—Sí que es verdad —dijo fanfarrón.

—¡Oye, tú también conmigo!

Alastair volvió a reír bromeando y la atrajo hacia él. Le dio un beso en la frente y otro en la punta de la nariz. Adoraba a su esposa. Si años atrás le hubiesen dicho que terminaría teniendo una familia tan maravillosa como aquella, no lo hubiese podido creer. Pero allí estaba. Disfrutando de su casa de campo y deseando que el verano durase lo máximo posible, con su hijo jugando en el arroyo disfrutando de la naturaleza y justo al lado de Diane, la mujer de sus sueños que, a esas alturas, ya casi en el séptimo mes, presumía de una barriga redondeada que a él le encantaba acariciar por las noches.

Jamás había sido tan feliz. Cazar a la dama no había sido fácil, pero había valido la pena cada complicación que habían pasado juntos hasta llegar a ese momento perfecto.

FIN

NOTA DE LA AUTORA:

Me preguntáis a menudo cómo podéis enteraros de las fechas de salida y estar al tanto de todas las novedades. Podéis encontrarme en Facebook o Instagram con mi nombre, allí os aviso de todos los proyectos que voy haciendo y anuncio portadas y sinopsis. Muchas gracias por leerme.

A continuación, os dejo el listado con algunas de mis novelas:

SERIE LA FAMILIA REED



Serie Besos...



Serie Seduciendo...



Bilogía Tentaciones...



Serie Chicas Magazine...



Bilgía Hollywood

OLIVIA KISS

TODO VALE EN
LA GUERRA,
EN HOLLYWOOD
Y EN EL AMOR



OLIVIA KISS

UNA NOVIA
A LA FUGA
EN APUROS



Otras novelas...

